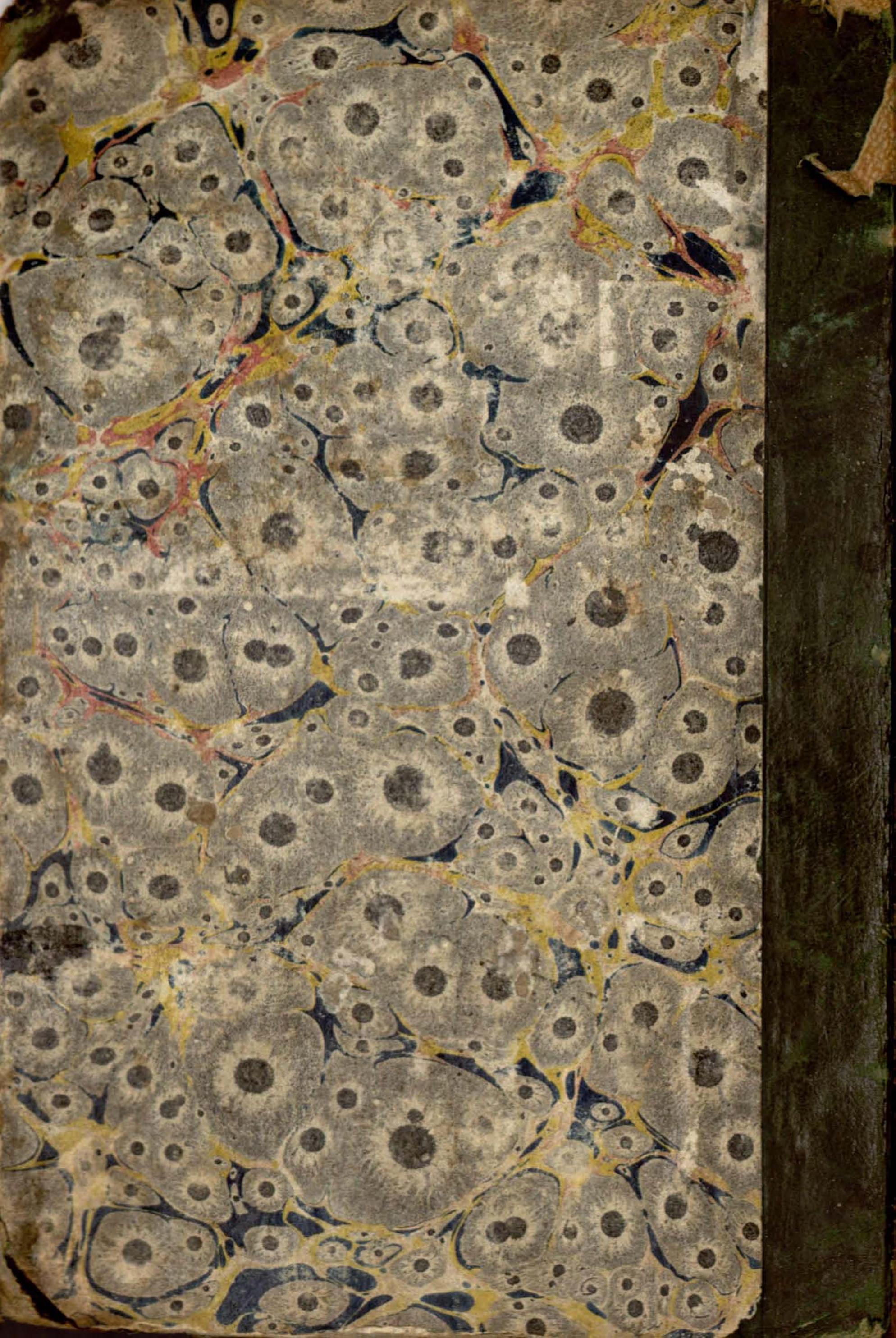




REVISTA
EUROPEA

1 . 2





F. G. G. G.

REVISTA EUROPEA

REVISTA EUROPEA.

TOMO I.

FABR.

1844

REVISTA EUROPEA

F^{R.} GERUNDIO,

INDICE DEL TOMO PRIMERO

REVISTA EUROPEA

Advertencia.
Obr.

FOR

DON MODESTO LAFUENTE.

Comprende la de este primer tomo una colección cronológica de todos los principales acontecimientos políticos ocurridos en Europa (C) desde principios de 1848 hasta fin de junio del año 1849.

INDICE

TOMO I.

MADRID.

ESTAB. TIPOG. DE MELLADO, CALLE DE SANTA TERESA, NÚM. 8.

1848.

R. GERRONDO

REVISTA EUROPEA

FOR

THE MODERN LIBRARY

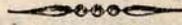
TOMO I.

MADRID

ESTADO CIVIL. CARRER DE SANTA TERESA, NUM. 11.

1878

INDICE DEL TOMO PRIMERO.



	PAGS.
Advertencia.	1
Otra.	2

PARTE HISTORICA.

Comprende la de este primer tomo, una noticia cronológica de todos los principales acontecimientos políticos ocurridos en Europa (1) desde principios de 1848 hasta fin de julio del mismo año.

PARTE CRITICA.

Cosas de Dios.	41
Carta de Tirabeque al principe de Metternich.	53
Salmo de los billetes.	61
Los comunistas.	66
Apuros del Santo Padre.	72
La organizacion del trabajo.	113
Los obreros constituyentes.	124
¡Angetitos de Dios!	136

(1) Hallaránse estos fácilmente en sus correspondientes epígrafes de *Francia, Italia, Austria, Prusia, etc.*

INDICE.

Medidas fraternales.	143
Proclama de Tirabeque á los franceses.	144
Las cuerdas.	177
La risa de dos ingleses.	182
Conjuracion femenina.	184
Un banquete muy barato que puede salir muy caro.	190
El sastre de las medidas.	194
Toros europeos.	197
Ultimas noticias (parte histórica).	211
Salmo de las medidas.	245
Tirabeque y un estampero.	251
Un alcance de Tirabeque.	261
Tres dias de discusion.	263
Excmo. Sr. duque de Valencia.—B. S. M.—Fr. Pelegrin Tirabeque.	263
Fr. Gerundio y su lego sobre el mapa.	269
¿Dónde está el Africa ahora?	309
Un fenómeno.	313
La poligamia.	314
Apóstrofes de Tirabeque.	315
El señor Cuatro-barbas.	322
¿Y Carlos V?	id.
Un acertijo á Tirabeque.	323
Toros de competencia.	325
Encomiendas, ermitas, santuarios, hermandades y cofra- días.	339
Fr. Gerundio á su lego.	373
Tirabeque á su amo Fr. Gerundio.	382
Las fuentes, ó el dia de Santa Cristina.	394
Impensada aparicion en los jardines.	400
Partes telegráficos.	403
Carta ordinaria de cosas extraordinarias.	404

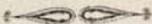
ADVERTENCIA.

Son tantos, tan rápidos, tan gigantescos y tan universales los acaecimientos de que ha sido teatro la Europa en este primer tercio del año, que para dar cuenta de todos ellos seria menester escribir un grueso volumen. Quizá fuera menos árduo este trabajo que el de reasumirlos y encerrarlos en los estrechos límites de una Revista. Por fortuna, pasado este primer número, que es el que abarca el período mas largo y mas fecundo en sucesos, será menor la dificultad, como será mas breve la parte histórica de nuestra REVISTA. Y por fortuna tambien los hechos que la concision indispensable en esta clase de reseñas nos pueda hacer omitir hoy, vivirán por ser tan recientes, en la memoria de nuestros lectores. Por lo demas creemos hacer un servicio al público presentándole una especie de repertorio ó prontuario, en que á un golpe de vista hallará reunidos los acontecimientos que haya podido leer desparramados en muchos números de los periódicos diarios, mezclados con pormenores que al lector acaso no le importe retener, y con otras noticias que no han recibido el sello de la confirmacion. Sin este bosquejo serian tambien ó ininteligibles ú oscuras muchas de las alusiones que podrán tener lugar en nuestra parte crítica. Hé aqui el doble objeto de este resumen histórico, que con el tiempo puede ser como un *memorandum* de los sucesos contemporáneos

Comprendemos que este método no satisfará á aquellos que por su genio ó por su posicion padecen necesidad de un alimento diario de noticias; para estos son los periódicos diarios. En cambio estamos ciertos que las ventajas de nuestro sistema se conocerán mas cuanto mas tiempo pase.

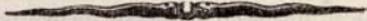
Sin embargo, en esta época en que las mas inveteradas constituciones se modifican, tampoco nos negariamos nosotros á hacer alguna modificacion en nuestro plan, si la esperiencia ó el voto público viniesen á convencernos de su utilidad y conveniencia.

OTRA ADVERTENCIA.



Habiendo ocurrido despues la circulacion de nuestro prospecto nuevos y desagradables sucesos de todos conocidos, que han producido medidas severas por parte de las autoridades del gobierno, que traen los ánimos intranquilos y recelosos, y que hacen mas y mas embarazosa la posicion del escritor independiente y de buena fé; á fin de evitar el que nuestras palabras puedan ser interpretadas *ni por unos ni por otros*, en sentido que no haya entrado en nuestra intencion, hemos convenido amo y lego en pasearnos en nuestra REVISTA por los paises estrangeros, que harta y bien importante materia están suministrando á nuestras gerundianas observaciones, dejando por ahora la España, hasta que mas calmadas las pasiones podamos pasarle su correspondiente revista sin estos inconvenientes.

Lo advertimos á nuestros suscritores y devotos hermanos para que no nos interpelen ni aleguen ignorancia ni engaño. Tendréislo entendido, y nosotros dispondremos lo necesario para su cumplimiento.



FR. GERUNDIO.

REVISTA EUROPEA.

PARTE HISTORICA.

Resumen de los grandes sucesos ocurridos en Europa desde principios de este año de 1848.

No hallamos en la historia del mundo (y lo decimos ahora que traemos entre manos la historia) un periodo parecido al que estamos atravesando. Un periodo en que se haya hecho una revolucion social casi simultaneamente en todos los estados de Europa, es nuevo en los anales de la humanidad. Las conquistas que hasta ahora nos han parecido mas rapidas, el engrandecimiento de la antigua Roma, las victorias de Alejandro, la irrupcion de los barbaros del Norte, el cambio que introdujo el cristianismo, el impetuoso aluvion de los arabes, los triunfos de los españoles en América, todo fué lento en cotejo de la rapidez asombrosa con que hemos visto cambiarse como por encanto la faz de la parte mas civilizada del Antiguo Mundo. En menos tiempo que hubiera necesitado un viagero para visitar sin detenerse la capital de cada estado, ha variado completamente la condicion politica y social de toda Europa: propia celeridad del siglo del vapor, de los caminos de hierro, y de los telégrafos eléctricos. Los fenómenos fisicos no causan unas conmociones ó tan generales ó tan rapidas, como las que en el órden moral han producido ahora las ideas los terremotos son siempre mas parciales; el cólera marchaba con menos velocidad: no parece sino que Dios tenia comprimidas las ideas de libertad y de independenciam, y soltándolas de repente en medio de Europa,

encargó á los vientos que las esparcieran simultáneamente por todas las regiones. Y como si hubiera recibido un mandamiento espreso de detenerse ante las dos estremidades opuestas de Europa, solo la Rusia y la Península española se han preservado hasta el presente de la universal inundacion, aunque no sin sentir los amagos del general sacudimiento.

Dificil es dar algun orden á tantos y tan complicados sucesos, porque estamos en uno de aquellos periodos, en que como dice bellamente uno de los escritores mas ilustres de nuestro siglo: «*La historia no aguarda al historiador; traza una línea y se lleva un mundo.*» Menester es sin embargo cumplir del modo posible la tarea que nos hemos impuesto. Dividiremos los acontecimientos en tres épocas.

PRIMERA.

DESDE EL PRINCIPIO DEL AÑO HASTA EL 24 DE FEBRERO.

Jamás esperanza alguna se vió mas pronta y mas solemnemente fallida que la que manifestó Luis Felipe cuando pronunció en el discurso de apertura de las cámaras al entrar el año 1848 estas palabras. «Mis relaciones con todas las potencias estrangeras me inspiran la confianza *de que está asegurada la paz del mundo.* Espero que los progresos de la civilizacion general se llevarán á cabo en todas partes, de comun acuerdo entre los gobiernos y los pueblos, *sin alterar el orden interior y las buenas relaciones de los Estados.*» Antes de dos meses el monarca poderoso que pronunció estas palabras era un rey destronado, un fugitivo, que disfrazado con la pobre ropa que le prestára un hombre del pueblo, padeciendo hasta hambre material, atravesaba el canal de la Mancha ansiando encontrar una tierra hospitalaria donde reposar su fatigado cuerpo y su atormentado espíritu.

Casi al mismo tiempo un viejo diplomático, el duque de Welington, asustaba á la Inglaterra con predicciones fatidicas, pidiendo prontas y vigorosas medidas de armamento y defensa, y concluyendo su famosa carta al Gefe del Estado Mayor General con estas lúgubres palabras: «*Espero pero que el Todopoderoso me proteja y libre de ser testigo de la tragedia que tengo por inevitable,* y quisiera que mis contemporáneos tomasen todas las medidas necesarias para conjurarla ó eludirla.» Muchos se rieron entonces de la melancólica profecía, y ahora el profeta y los que de él se rieron deben haber quedado igualmente maravillados de

que solo supiera pronosticar una tragedia cuando estaban avocados cien dramas trágicos.

Mr. Thiers dijo en enero: «El pais camina á pasos agigantados hácia «una catástrofe que estallará antes de la muerte del rey, si este príncipe «tiene larga vejez, ó á poco de su fallecimiento.» Le faltó añadir que él cooperaba á acelerar la catástrofe y pronosticar que habia de ser arrollado en ella.

Mas inspirado anduvo el hermano Barthelemy en su Epistola á Lamennais sobre las cosas futuras, cuando comparando los manejos de los príncipes y de los antiguos diplomáticos á un juego de ajedrez le decia: «Mas llega la hora en que el genio de la inestabilidad se irrita, y dando un «golpe á la frágil tabla del juego, *reyes, reinas, soldados, torres y alfiles,* «*todo desaparece como una ciudad en un dia de terremoto.*» Y luego añadia: «Un gran suceso nos espera! Una cosa desconocida, irresistible, «inmensa, formidable; una cosa cuyos anuncios ya se sienten..... y el «mundo con agonía entrevée esta época; y lleno de fé y de turbacion, la «invoca y la teme.» Y mas adelante: «Cuando la atmósfera está cargada «de abrasadoras nubes... llama Dios á la tempestad y le encomienda su «obra; y en estas horas toma el viento sus alas de gigante; y las bate al «Norte, al Sur, al Oriente y al Occidente, y se lleva el techo de nuestros «hogares cual ligera pluma, y arranca la corpulenta encina y el tejo de «cien años; y los hace rodar en confuso torbellino por montes y valles «como al sopro de un aventador; y alcanza con su furia hasta la plan- «ta solitaria, que se cria tranquila al borde del arroyo.

Pues bien, esta cosa desconocida, irresistible, inmensa, formidable, se ha realizado mas pronto aun de lo que creía el mismo que la vaticinaba; ó por mejor decir, se está realizando, porque aun está el drama muy lejos de haber llegado á su desenlace, y Dios sabe cual será. La nube que ha reventado con tan súbita esplosion se habia ido cargando lentamente. Mas no estamos nosotros en el caso de retroceder á tiempos remotos; harto haremos en reasumir muy compendiosamente los sucesos desde la época que hemos fijado. Entremos ya en la historia.

Grande agitacion reinaba por toda la Italia al comenzar el año: agitacion producida por el espíritu de reforma iniciado y desenvuelto por el papa Pio IX desde su elevacion á la silla pontifical. Este espíritu de reforma, acogido con júbilo en Roma y en los Estados pontificios, habia cundido por toda la Península italiana. Pueblos, ciudades, comarcas enteras se habian levantado al grito de «*Viva la reforma! Viva Pio IX!*» Los soberanos de algunos estados se habian mostrado dispuestos á adherirse á la marcha reformadora inaugurada por el gefe de la iglesia y á acceder á las demandas de sus pueblos; tales eran el rey de Cerdeña Carlos Alberto, y el gran duque de Toscana Leopoldo II. Otros por el

contrario, como los duques de Parma y de Módena, se habian declarado perseguidores de las nuevas ideas. Descollaba entre estos el rey de las Dos Sicilias por su destemplado rigor en sofocar estos movimientos: él habia ahogado en sangre la sublevacion de la Calabria, y el imperio de^l terror tenia á Nápoles consternado, aunque no abatido. Pero á la voz de libertad y de independencia italiana, esta voz, ya halagüeña de por sí para los pueblos de mucho tiempo oprimidos, y que ahora llevaba en su favor el mérito y prestigio de haber resonado en el Vaticano pronunciada por la boca del representante de Dios en la tierra, se habia difundido con una rapidez mágica por todos los ámbitos de la Península, y penetrado hasta los estados que gimen mas de 30 años há bajo el dominio del Austria.

En los primeros días de enero toda la Italia estaba, por decirlo así, en estado de ebullicion. La poblacion de Milan, á falta de otros medios con que manifestar su odio á la ruda administracion austriaca, apeló á un recurso, que si no es de todo punto original por haberle usado ya los anglo-americanos al principio de su independencia, no por eso deja de ser singular é ingenioso. Conviniéronse todos los habitantes en abstenerse del uso del tabaco, que constituye una de las rentas mas pingües del imperio. Esta oposicion, significativa, pero pasiva y silenciosa, escitó las iras del gobernador militar austriaco, el viejo general Radetzki, y de ello tomó pretexto ó para instigar ó para permitir al menos á los soldados imperiales que cometiesen los mas brutales actos y tratamientos contra los italianos; para enrojecer de sangre las calles de aquella populosa ciudad, y para hacer centenares de víctimas. Esto acabó de irritar á los sobradamente maltratados milaneses, y preparó la gloriosa jornada de los cinco dias con que poco despues asombraron al mundo y recobraron su ansiada independencia, de lo cual hablaremos mas adelante.

Venecia, esa ciudad de recuerdos, que por tener tantos y tan antiguos de libertad debia sufrir con mas pena la esclavitud presente, no necesitó para entusiasmarse y exaltarse, sino oír una noche en el teatro aquel pasage de la ópera Macbeth: *La Patria tradita vi chiama*. Pero Venecia, como Pavía y como Milan espianaban su entusiasmo patriótico, viendo á sus mas ilustres hijos, príncipes y literatos, ó presos ó desterrados, ó perseguidos, ó inhumanamente sacrificados por sus opresores. Otro tanto acontecia en Nápoles, donde proseguian las proscripciones y los encarcelamientos. La Universidad habia sido cerrada, y mas de seis mil estudiantes habian sido obligados á salir de la ciudad. El rey Fernando se mostraba inexorable; y con todo, ni su rigor, ni la ferocidad del ministro de la policia Delcarreto bastaban á acallar los gritos de: «*Viva la Italia! Viva Pio IX! Viva la Reforma!*» La Toscana se hallaba conmovida y temerosa con motivo de la entrada de tropas austriacas en Parma y Módena. Lior-

na amenazaba insurreccion. Génova enviaba una peticion al rey del Piemonte reclamando el establecimiento de la guardia cívica y la espulsion de los jesuitas. Reggio y Messina se agitaban. Palermo, la primera ciudad de Sicilia, ofrecia un aspecto alarmante; pedíase allí la Constitucion que habian tenido los sicilianos el año 12. En Turin el consejo municipal demandaba tambien una Constitucion al rey. En Florencia el conde Rí-dolfi aconsejaba lo mismo al Gran Duque. Y hasta en la misma Roma, á pesar de las muchas reformas hechas *motu proprio* por el pontífice, hubo una demostracion imponente, si bien producida por un error y una intriga, en que corrió peligro, hasta que uno y otra se aclararon, de romperse la buena armonía entre el papa y su pueblo, y en que el famoso Cicernacchio, ese nuevo tribuno de la plebe, especie de Massaniello de los romanos, tuvo ocasion de atraerse nueva popularidad, ostentando ante la muchedumbre, y poniendo á la vista de Su Santidad un gran cartelón en que se leía escrito en desmesuradas letras: «JUSTICIA, BEATISIMO PADRE, PARA EL PUEBLO.» Era, pues, general la fermentacion en todos los estados italianos.

Pronto se oyó retumbar el cañón y el mortero de Nápoles en Palermo, Reggio y Messina, y el rey Fernando parecia resuelto á arrasar una tras otra todas las ciudades sicilianas. Las bombas y las balas rasas destruian edificios, pero no destruian ideas. Y vióse con asombro (si asombro puede causar á quien conozca el espíritu del siglo) que contra las ideas de libertad é independencía de los sicilianos no podian nada las baterias del despotismo de Nápoles. Tal debió ser ya el convencimiento del monarca mas opuesto al movimiento liberal italiano, cuando creyó que para sofocar la insurreccion seria mas eficaz que el bombardeo la concesion de la libertad de imprenta y de otras reformas que los sicilianos pedian. Pero estos contestaron que ya era tarde, y continuaron batiéndose, y estableciendo su gobierno provisional. Sucedia esto al tiempo que en Trevisa de resultas de una conmocion popular, el *podestá* y el comisario de policia habian tenido que refugiarse á Venecia, y el duque de Módena se veia en la precision de salir de sus estados.

Tan apurada debia ser la situacion del rey de Nápoles, asi en Sicilia como en el continente, que en 29 de enero cambi6 todo su ministerio en sentido liberal, y publicó una proclama en que ofrecia dar á sus pueblos una Constitucion en el término de diez dias; siendo él el enemigo hasta entonces mas implacable de las reformas (fen6meno singular!) el primer príncipe italiano que se vió precisado á ofrecer solemnemente una Constitucion en un plazo breve y perentorio. El ministro de policia Delcarreto, el Torquemada de los liberales napolitanos, dió gracias de poder embarcarse subrepticamente en el Neptuno; mas como si llevara en su frente un sello de reprobacion, ni en Liorna, ni en Génova, ni en Marse-

lla querian los italianos dar asilo al ministro de las venganzas del rey de Nápoles; y rechazábase el buque en que iba Delcarreto con mas intolerancia que si procediese de pais apestado. Entre tanto las tropas napolitanas enviadas contra Palermo, no habiendo podido desembarcar por hallarse ya en posesion de los fuertes los insurrectos, sufrieron en su retirada todo género de trabajos y penalidades; acosábanlas los aldeanos con encarnizamiento y las diezaban; y últimamente cuando la escuadra arribó de regreso á Castellamare cerca de Nápoles, el rey que se hallaba presente al desembarque, al ver á sus soldados en tan miserable estado, y que el ejército de 13,000 hombres habia quedado reducido á 7,000, exclamó con dolida: «¡Cielos! ¿esto recuerda la retirada de Rusia!» Pero el rey cumplió su palabra, y el 10 de febrero otorgó la Constitucion ofrecida, Constitucion basada sobre los principios de la mayor parte de las Constituciones modernas. Recibiónla los napolitanos con loca alegría, y por todas partes resonaban vivas y aclamaciones al rey Constitucional. No así los sicilianos, que no se contentaban con menos que con su proclamada Constitucion del 12, ó por mejor decir, no se satisfacian con menos que con la independencia de Sicilia.

La noticia de la Constitucion de Nápoles produjo el efecto que era de esperar en las principales ciudades de los demas estados italianos. En Roma, en Génova, en Turin, en Florencia, se hicieron las demostraciones mas solemnes, se victoreaba al rey de Nápoles, á la Italia, á la libertad y á Pio IX, y el grito unánime era el de Constitucion. El rey de Cerdeña hizo publicar las bases de la que preparaba á su pueblo: el Gran Duque de Toscana la ofreció *motu proprio* á sus súbditos, y el papa habló al pueblo romano por medio de una proclama, en que manifestaba estar-se ocupando del medio de desenvolver y perfeccionar, salvos sus deberes para con la iglesia, aquellas instituciones civiles que mas pudieran convenir á la felicidad de sus súbditos, y que como un paso previo tenia determinado secularizar la mayor parte de los ministerios. Así lo hizo al día siguiente, y Roma y los Estados romanos volvieron á aclamar con frenesí al pontifice con el grito de «¡Viva el Papa liberal!» En tal estado se hallaba la Italia antes de mediados de febrero.

Mientras de esta manera se estaba regenerando la Península Italiana, el monarca de Prusia ofrecia amnistiar á los polacos; el nuevo rey de Dinamarca, proclamado en 20 de enero, daba una Constitucion á sus estados, comprendiendo en ellos los condados, en el dia tan ruidosos, de Schleswig, y Holstein; y Suiza, ó sea la Dieta Helvética, despues de vencida la insurreccion del Sonderbund, se ocupa en revisar su pacto federal. Los gabinetes de Francia, Austria y Prusia, por medio de sus representantes, habian pasado una nota colectiva á la Dieta con pretensiones de intervencion en la reforma del pacto federal de los 22 canto-

nes. A la célebre nota idéntica de las tres potencias, se adhirió despues el gabinete de San Petersburgo. Sir Stratffort Canning, como representante de la Inglaterra, dirigió á la Dieta un Mémorandum en otro sentido. La Suiza se preparó en actitud enérgica ó imponente para contestar á la nota de las grandes potencias, y en 16 de febrero dió tambien á cada uno de los representantes una respuesta igual, vigorosa y digna, que concluia con estas palabras: «La Dieta hará los mayores esfuerzos por la «realizacion de estos votos (los manifestados por las potencias signata-
«rias), y tiene la conviccion de que lo logrará, tanto mas si se reconoce
«la entera independencia de la Suiza, segun los términos del acta de neu-
«tralidad de 20 de noviembre de 1815, que proclama *la independencia*
«*de la Suiza de toda influencia estrangera.*»

Como al tiempo que esto acontecia se estaba discutiendo en las cámaras francesas el proyecto de contestacion al discurso de la Corona, la oposicion encontraba en el copioso arsenal de los acontecimientos de Italia y Suiza abundancia de armas con que combatir al gabinete de Luis Felipe, por la política que habia empleado y seguia empleando en los asuntos de estos dos paises, ó contraria, ó por lo menos nada favorable á su libertad y nacionalidad, y á la marcha regeneradora y liberal inaugurada por el papa. Estos nuevos cargos, unidos á los ya mas antiguos; de abusos y aun de corrupcion administrativa en lo interior, de humillaciones en lo exterior, de alianza con el Norte, de decepciones hechas á la Inglaterra, de las bodas españolas, etc.; todos estos cargos, repelimos, espresados con enérgica valentia por los elocuentes labios de oradores como Lamartine, Thiers y Odilon Barrot, eran otros tantos capitulos de acusacion, de que vanamente se esforzaba por desenvolverse y sincerarse el ministerio. A pesar del reconocido talento y de los fecundos recursos oratorios de su presidente, dejábase entrever en las contestaciones y discursos de Guizot lo indefendible y flaco, si no de toda, de una gran parte de su política. El gabinete triunfaba en las votaciones, pero era derrotado en la conciencia pública, que en pueblos que discurren no se forma tanto contando votos como pesando razones.

Para mal del gobierno y del mismo monarca se habia puesto al final del discurso de la Corona un párrafo relativo á la reforma electoral, en que se calificaba de una manera dura é injuriosa los banquetes reformistas que se estaban celebrando hacia tiempo en París, y en que habia tomado parte la oposicion de ambas cámaras. Esta protestó enérgicamente contra la ofensa que en el mencionado párrafo se hacia á los diputados reformistas. El ministerio habia estado provocador, y la oposicion estuvo amenazadora. La mayoría sin embargo aprobó en el proyecto del mensaje casi las mismas palabras en que estaba concebido el discurso del trono. Esta fué la señal de alarma, y como la manzana de dis-

cordia ó el guante de desafio arrojado por el ministerio y por la mayoría del parlamento en medio del país, que hasta entonces casi indiferente, ó por lo menos pasivo á las cuestiones que se habian agitado en la cámara, comenzó á tomar una parte viva en reclamacion y sostenimiento de sus vulnerados derechos, especialmente la poblacion de París, teatro siempre en que se deciden los debates políticos de la Francia. Dispúsose al efecto hacer una manifestacion solemne, que sirviera como de protesta contra la declaracion del gobierno y de la mayoría parlamentaria, y se preparó un banquete al que habian de asistir los diputados de la oposicion, y muchos miles de guardias nacionales, con no pocas otras personas de importancia y representacion política. Alarmado con esto el gobierno, tomó sus precauciones y medidas para el caso en que ocurrieran desórdenes; los cuarteles fueron provistos de víveres para muchos dias, y hasta de instrumentos para escalar barricadas, y las tropas sabian las posiciones respectivas que habian de ocupar en el supuesto caso de un tumulto. El banquete se fué aplazando de dia en dia, hasta que últimamente se fijó para el 22 de febrero. La comision del 12.º distrito, que era el que le celebraba, publicó un programa en que se determinaba el sitio y hora del banquete, el de la reunion, el órden y marcha que habian de llevar los convidados, y el carácter pacífico y legal que se quería dar á la manifestacion.

Entre tanto tenia lugar el 21 en la cámara de diputados una sesion agitadisima, que sin embargo no era sino el prelude de otras mas borrascosas. Odilon-Barrot, el campeon mas arrojado y terrible de la cuestion de reforma, del derecho de reunion, y en su consecuencia del preparado banquete, tronó contra las medidas coercitivas adoptadas por el gobierno, y dirigiéndose á este pronunció aquellas célebres palabras, en que iba envuelta una amenaza y un pronóstico: *«Pero ya que preferis las medidas de represion, á vosotros toca la responsabilidad de lo que pueda acontecer.»* Estas palabras, que revelaban las dimensiones que habia tomado la cuestion del banquete, produjeron la mas viva agitacion en la cámara; la calma y la circunspeccion no eran ya posibles, y la sesion terminó tumultuariamente. Ya nadie dudó en París de la proximidad de un sério conflicto entre la poblacion y las fuerzas del gobierno, que acudiendo de todas partes iban convirtiendo la capital en un verdadero campo de batalla. Habia en los ánimos mas que inquietud; eran visibles las señales de irritacion: por lo mismo la oposicion parlamentaria acordó abstenerse de asistir al banquete, y así lo hizo anunciar de público; pero en cambio tomó sobre sí el compromiso de hacer una acusacion formal y solemne al gobierno. Y en efecto, en la sesion del siguiente dia 22 fué presentada por Odilon-Barrot y firmada por 54 diputados la proposicion siguiente:

«Proponemos que se acuse al ministerio como culpable:

1.º De haber vendido en las relaciones exteriores el honor y los intereses de la Francia.

2.º De haber falseado los principios de la Constitucion, violado las garantías de la libertad, y atentado á los derechos de los ciudadanos.

3.º De haber intentado por medio de una corrupcion sistemática sustituir á la libre expresion de la opinion pública los cálculos del interés privado, pervirtiendo el gobierno representativo.

4.º De haber traficado por intereses ministeriales con los destinos públicos y con todos los atributos y privilegios del poder.

5.º De haber arruinado por el mismo motivo la hacienda del Estado, y comprometido las fuerzas y grandeza nacional.

6.º De haber despojado violentamente á los ciudadanos de un derecho inherente á toda Constitucion libre, y cuyo ejercicio estaba garantido por la Carta, por las leyes y por los precedentes.

7.º De haber por último puesto en cuestion con una política abiertamente contra-revolucionaria la conquista de nuestras revoluciones, promoviendo en el país una perturbacion profunda.»

La cámara acordó que las secciones examinarían la proposicion el 21.

Pero ya á aquella hora se estaba protestando en las calles y en las plazas de Paris contra la conducta del gobierno de otra manera menos ordenada pero mas significativa, de la manera que protesta un pueblo en insurreccion, y las insurrecciones de Paris casi se sabe de antemano cómo han de comenzar. La del 22 fué como son allí generalmente todas las del primer dia, escaramuzas con que se preparan á batallas mas serias para los dias siguientes. Grupos del pueblo, masas imponentes de obreros, que cantan la Marsellesa, que piden la caida del ministerio, que provocan con gritos ó ademanes á la tropa, que se dispersan á las primeras cargas de caballería, que se rehacen pronto, que se aumentan y crecen, que se arman con lo primero que pueden haber á las manos, que vuelven con mas resolucion, que se sostienen ya contra las acometidas de la fuerza pública, que construyen barricadas, y que concluyen por tomar la ofensiva en algunos puntos. Sin embargo, aquel dia la fuerza del gobierno obtuvo una fácil superioridad sobre las turbas, y á ningun ministro le ocurría el pensamiento de que aquello pudiera pasar de un motin, ni menos le cruzaba por la imaginacion la sospecha de que podría sucumbir en la demanda. Mas las desgracias que siempre ocurren en tales choques, aunque parciales, habian irritado al pueblo, el cual empleó la noche en construir mas y mas fuertes barricadas, que anunciaban prepararse para sostener al dia siguiente un combate mas formal.

Amaneció en efecto el 23, y ya la poblacion de Paris presentaba un aspecto harto mas imponente que el de la vispera. Mucha parte de la

guardia nacional lizo ya causa comun con el pueblo, y de sus filas como de entre las masas salia el grito de: «*Viva la reforma! Abajo Guizot! Abajo el ministerio vendido al Austria!*» De los cuerpos mismos del ejército los unos no se resolvian á hostilizar á las olas populares que obstruian las calles, los otros llegaban á fraternizar con el pueblo al grito de «*Viva la reforma!*» que parecia ser la consigna de aquellos dias; otros al querer acometer los grupos eran detenidos por las bayonetas de la guardia nacional, y algunos llegaron á entregar sus propias armas, mas ó menos de buen grado, á los pelotones de ciudadanos vestidos de blusa. Hubo no obstante combates parciales, victimas no pocas, y prisiones muchas. La guardia municipal era la que mas compacta, y con mas perseverancia y decision sostenia la causa del gobierno. Aunque la tarde del miércoles 23 aun no se habia empeñado lucha alguna seria, debió parecerle á Luis Felipe que el movimiento habia tomado un carácter de gravedad que podia infundirle algun cuidado. Y cuando Guizot le comunicaba que tenia confianza en que el gobierno venceria la insurreccion, Luis Felipe que ya se inclinaba á no pensar del mismo modo, no tuvo reparo en sacrificar á su ministro favorito, encargando la formacion de un nuevo gabinete al conde Molé. Incomprensible ceguedad la del rey; por un lado hacerse la ilusion de que á la altura á que el fuego de la insurreccion se hallaba habia de bastar á apagarle concesion tan mínima, y por otro desprenderse en tales momentos de quien concentraba toda la energia del poder, y del único que podía poseer los medios de sofocar un tumulto que él mismo acaso deliberadamente habia dejado crecer esperando de que fuese mayor la victoria.

Dos recursos le quedaban todavia á Luis Felipe en la tarde del 23 para salvar el trono, que ni él, ni nadie acaso creia aun en tan próximo peligro; ó aventurar una batalla en las calles, puesto que contaba todavia con un numeroso ejército y con una parte de la guardia nacional, ó hacer pronto las concesiones que despues pudieran ser, como lo fueron, tardias. Aplicó á una enfermedad grave un paliativo débil, y el resultado fué sucumbir. Era no obstante tan impopular el ministerio Guizot, que á la noticia de su caida gozoso el pueblo con su primer triunfo se entregó á demostraciones de la mas loca alegría, y corrió la ciudad, ya espontáneamente iluminada, en procesion triunfal y llevando en las manos antorchas encendidas. Mas al pasar á las diez de la noche en esta forma una columna de ciudadanos por delante del ministerio de Negocios estrangeros, la guardia municipal hizo una terrible descarga al grupo, de que resultaron multitud de victimas, cuya sangre enrojoció el suelo. Descarga fatal, que irritó al pueblo y produjo un efecto aterrador. La indignacion llegó á su colmo; los cadáveres amontonados en un carro, fueron paseados por la ciudad en medio de un cortejo fúnebre, y desde en-

tonces fué fácil preveer el resultado de aquella imprudencia y de aquella escena de horror. La noche del 23 al 24 se pasó en preparativos que anunciaban una de esas jornadas sangrientas, uno de esos días terribles que señalan los anales de un pueblo entregado á un furor revolucionario.

SEGUNDA.

EL 24 DE FEBRERO.

Nos hallamos en el día memorable; en el día en que se realizó la mas completa y la mas inesperada de todas las revoluciones: la mas completa, porque en pocas horas se verificó un trastorno que habia de alterar todas las relaciones políticas de Europa, y conmover hasta los cimientos en que descansa la ciudad moderna; y la mas inesperada, porque ni hemos oido ni leído en parte alguna que nadie haya tenido la presuncion de atribuirse la prevision del desenlace que tuvieron los sucesos: el mundo se quedó asombrado; los primeros partes que se recibian teníanse como por fabulosos; los ingleses que pasan por tan previsores en política han confesado unánimemente en sus diarios que se han visto sorprendidos por los acaecimientos; y creemos que los mismos que mas contribuyeron á realizarlos se hallaron como asombrados de su obra. Los hechos de aquel día célebre son harto conocidos; hay muchas relaciones de ellos; por lo mismo seremos sumamente concisos; diremos solo lo indispensable para la debida ilacion de los sucesos.

A la primera hora de la mañana del 24 llamó el rey á Mr. Thiers para encomendarle la formacion de un nuevo gobierno, abandonada ya la combinacion Molé. Repugnaba Luis Felipe con obstinacion incalificable dar entrada en este ministerio á Odilon Barrot; pero al fin la tenacidad del monarca fué vencida, y Barrot entró en la composicion del nuevo gobierno con Duvergier de Hauranne y otros distinguidos miembros de la oposicion. Estos nombres que anunciados 24 horas antes al pueblo hubieran bastado á calmar su agitacion y á inspirarle confianza, ¿alcanzarian ahora á contener la desbordada furia popular? Asi lo creyeron ellos, y por eso, contra el dictámen del mariscal Bugeaud, que se empeñaba en dar un ataque general de barricadas con el convencimiento de obtener el triunfo, hicieron publicar una proclama con los nombres de los nuevos ministros, anunciando que se habia dado orden de suspender el fuego, y que la cámara iba á ser disuelta. La contestacion del pueblo

fué hacer pedazos la proclama; los oficiales en virtud de la órden de no resistir, envainaron sus espadas, y los soldados se dejaron desarmar por el populacho. Thiers y Barrot pudieron convencerse entonces de que la revolucion que ellos mismos habian impulsado marchaba mas aprisa que ellos, y que en su impetuoso curso habia pasado por encima de sus nombres y de sus ideas. Y si aun alimentaban alguna ilusion, pronto iban á perderla en el seno de la cámara misma.

Entonces Emilio Girardin, director de *La Presse*, tuvo la audacia de presentar al rey un proyecto de abdicacion en su nieto el conde de París, bajo las bases de Regencia de la duquesa de Orleans, disolucion de la cámara y amnistia general; y como espusiese al ya turbado monarca que no habia un minuto que perder, porque la mas pequeña dilacion agravaria el peligro, el rey en su aturdimiento firmó la abdicacion, y Girardin salió con ella á presentarla al pueblo armado, que no teniendo ya apenas otra resistencia que vencer que la de la guardia municipal, avanzaba á las Tullerías. Todo era tarde ya: era inútil toda tentativa de reconciliacion. A poco rato el pueblo era dueño de la residencia real; los lujosos muebles de palacio, los atributos de la magestad eran arrojados por los balcones y entregados á las llamas. ¿Qué era del rey que pocos dias antes creia tener atada á su mano la paz del mundo, y ser como el Atlante en cuyos hombros descansaba todo el edificio social y político de Europa? *Transivi et ecce non erat*. Habíase fugado por una poterna disfrazado con un traje vulgar y apoyado del brazo de la virtuosa y anciana reina; minutos despues los régios consortes abandonaban á París en un humilde carruage de alquiler. El monarca habia querido todavia hablar al pueblo en la fatal plaza de la Revolución, mas sus palabras se ahogaron entre los confusos gritos de la agitada muchedumbre, como los últimos lamentos de un náufrago se pierden entre el rugido de las embravecidas olas de un mar tempestuoso.

Celebrábase entre tanto en la Cámara de los diputados la memorable sesion del 24, que aunque conocida del público, sentimos que los estrechos limites que hemos marcado en esta reseña no nos permitan dar íntegra como documento histórico, que lo es de los mas notables que en siglos enteros nos han podido suministrar las actas de las naciones. Reinaba ya en la Asamblea la agitacion que era consiguiente al estado de la capital; acababa de circular en ella la noticia de la abdicacion del rey, cuando se vió entrar á la duquesa de Orleans, llevando de la mano á sus dos hijos el conde de París y el duque de Chartres, y acompañada del duque de Nemours. La mayoría de la Cámara los saluda con grandes aclamaciones de: *Viva la duquesa de Orleans! Viva el conde de París! Viva el rey! Viva la regente!* Mr. Dupin, que habia conducido allí á los ilustres restos de una dinastia destronada en las calles y espulsada de

la mansion real, comunica la abdicacion del rey en su nieto el conde de Paris bajo la regencia de la duquesa de Orleans, los cuales, dice, acaban de atravesar á pie las Tullerias y la plaza de la Concordia, escoltados por el pueblo y la guardia nacional: y como viese que se repetian las aclamaciones de: «*viva el rey! ¡Viva la duquesa!*» se esfuerza por hacer que consten en el acta aquellas aclamaciones con que ha sido saludado el *conde de Paris como rey de Francia, y la duquesa de Orleans como regente bajo la garantia del voto nacional*. Muchas voces esclaman, «*si, si.*» Dos minutos mas, y el conde de Paris hubiera quedado reconocido por la Cámara como rey de los franceses bajo la regencia de su augusta madre, y hoy seria otra la situacion de la Francia y de la Europa entera.

Pero en los decretos de la Providencia no habia entrado conceder estos dos minutos, ni á la dinastia de Orleans, ni á la Francia, ni á la Europa, ni á la humanidad, porque habia sonado antes la hora de una regeneracion. Mr. de Lamartine, destinado á ser uno de los principales instrumentos de ella, reclama desde su asiento que se suspenda la sesion, so pretexto del respeto que se debe á la presencia de la augusta princesa. El duque de Nemours y varios diputados la invitan á que se retire, y la duquesa, con un valor mas heróico que provechoso ya, se niega á ello permaneciendo en pie por un rato al lado de su hijo: despues se sienta en los últimos bancos del centro izquierdo en medio de grandes aclamaciones. Se aumenta por momentos el número de personas estrañas y de guardias nacionales que entran en la Cámara. En medio de la agitacion Mr. Marie se hace oír; espone que la cámara no puede hacer una ley de regencia, y pronuncia la palabra *gobierno provisional*. Mr. Crémieux le apoya, y las tribunas los aplauden, y crecen los rumores tumultuosos. Entra Odilon Barrot, á quien se esperaba con ansia, y sube á la tribuna. El orador apela á los sentimientos generosos de la nacion, al valor y al honor. «*La corona de julio, dice, descansa sobre las sienes de un niño y de una muger.*» La duquesa de Orleans se levanta, saluda á la asamblea que la aplaude, é invita al conde de Paris á que haga lo mismo. Odilon Barrot continúa haciendo desesperados esfuerzos por persuadir la conveniencia y necesidad de que se reconozca la regencia; y los hace con el ardor de quien ve que ha hecho á la dinastia infinitamente mas daño de lo que habia entrado en sus intenciones, y se hace un deber de conciencia el remediarle. Inútil fatiga. Odilon Barrot, el promovedor de la cuestion de reforma y del famoso banquete, el gefe respetado de la oposicion, el acusador del gabinete Guizot, el que á las diez de la mañana de aquel día se habia visto paseado triunfalmente en hombros del pueblo por las calles de Paris, á la una y media de la tarde tiene que resignarse á oír en el Parlamento de boca de un diputado legitimis-

ta (La Rochejaquelein) las duras palabras de: «*Hoy no sois nada aquí: ya no sois nada.*» La revolucion promovida ó fomentada por Odilon Barrot habia avanzado á pasos de gigante y atropelládole en su marcha.

En efecto, ya no era allí nada Odilon Barrot, puesto que á este tiempo invadía el Santuario de las leyes un tropel de gente armada, de guardias nacionales, de estudiantes y de obreros, que desde aquel momento se constituyeron en legisladores, gritando: «*Queremos la destitucion del rey!*» A lo que contestaban otras voces del pueblo: «*Viva la república!*» Ya no eran los diputados los que hablaban; era el redactor de un diario, ó un oficial de la guardia nacional, ó un obrero, ó los confusos clamores de una muchedumbre. El presidente, sin embargo, Mr. Sauzet, con imperturbable serenidad, proseguia ocupando el sillón de la presidencia, y la duquesa de Orleans y sus hijos, con no menos admirable valor, estaban todavía en lo alto del anfiteatro, hasta que la invasion de nuevas turbas, movió á la princesa y los príncipes á salir por la puerta frontera de la tribuna. «Un gobierno provisional inmediatamente,» era el grito de los peticionarios armados. En medio del tumulto solo lograban hacerse oír con no poco trabajo Ledru-Rollin y Lamartine, que se conocia ser los que se hallaban de antemano mas de acuerdo con el pueblo. Y aun así faltó poco para que Lamartine, que esplicaba cuál habia de ser la naturaleza de aquel gobierno provisional, fuera interrumpido en el hilo de su discurso, y aun de su vida, por la bala de un fusil con que ya le apuntaba un hombre perteneciente á otro grupo que acababa de anunciar su entrada en el salon con violentos golpes dados á una de sus puertas. Este hombre, para quien Lamartine era un amigo incógnito, á los gritos de: «no tireis, es Lamartine el que habla,» levantó el cañon de su fusil, y á esto debió su salvacion el futuro ministro de negocios estrangeros de la república. Pero el tumulto y la confusion crecian por instantes. Entonces el presidente, viendo que ni la voz ni la campanilla eran eficaces para obtener ni silencio ni orden, declaró levantada la sesion, cubriéndose y dejando su silla.

Desde este momento cesa la Asamblea de los diputados, y es el pueblo armado de bayonetas, sables y pistolas, son guardias nacionales, estudiantes y obreros, los que mezclados con algunos diputados de la izquierda, entran á deliberar bajo la presidencia improvisada de Dupont de l'Eure, rodeado de multitud de personas estrañas. Lo primero que se pide son los nombres de los que han de componer el gobierno provisional. Despues de una tumultuosa griteria, en que ni el mismo Lamartine logra ser oido, un hombre se coloca de pie encima de la mesa de los secretarios de la cámara, va leyendo los nombres de los candidatos del gobierno provisional, y *el pueblo* les va dando su sancion soberana. Asi quedaron proclamados Dupont de l'Eure, Lamartine, Ledru-Rollin,

Arago, Garnier-Pagés, Marie y Crémieux. A esta proclamacion siguen muchas voces de: «¡Queremos la república! ¡Viva la república!» Otros gritan: «Al *Hotél de Ville*, vamos al *Hotél de Ville*.» Y quieren llevar consigo á Lamartine y á Ledru-Rollin. Y en medio de estas y otras escenas tumultuarias, se dispersa aquella asamblea popular constituyente, y se desocupa el salón.

Aquella tarde anunciaba el telégrafo á la Francia y al mundo que quedaba instalado en París un gobierno provisional republicano.

En dos horas habian desaparecido hasta los últimos vestigios de la monarquía. La familia real andaba dispersa y descarriada como ovejas asustadas con los truenos y relámpagos de una tempestad, de la cual se ha desprendido un rayo que ha herido de muerte al pastor. Parecia que Dios habia repetido en Luis Felipe aquella sentencia: *Percutiam pastorem et dispergentur oves*: heriré al pastor, y se desvandarán las ovejas. Rey y reina, princesas y príncipes, todos andaban desatentados, todos prófugos, en busca cada cual de un asilo, sin saber unos de otros, sin saber la Francia de ellos, sin que nadie tuviese noticias ciertas de su suerte en muchos dias, hasta que al cabo de algun tiempo fueron apareciendo todos en Inglaterra como en un valle de Josafat donde iban resucitando y juntándose para consolarse del comun infortunio, y referirse mutuamente los trabajos, las miserias y penalidades que cada cual habia pasado. Los ministros causadores de aquellos males habian sufrido la misma dispersion. El monarca y sus defensores habian sucumbido sin dignidad; los príncipes mostraron una cobardía que no se esperaba de ellos; la única que se condujo con una serenidad y un valor dignos de mejor suerte, fué la duquesa de Orleans; y mas adelante, los duques de Aumale y Joinville que mandaban el ejército de Argel, comportáronse con una nobleza y una abnegacion sublimes. Aquellas palabras con que al saber y anunciar Aumale la catástrofe de su familia y su relevo en el gobierno de la Argelia, resignó el mando de cien mil guerreros que le obedecian y querian, diciendo: «*En nada han cambiado nuestros deberes para con la Francia: la poblacion y el ejército esperarán con la mayor tranquilidad las órdenes de la madre patria,*» revelan un corazon espartano que no se creia hallar en príncipes de la moderna Atenas.

Por lo que hace á Luis Felipe, habíase difundido la voz de que habia muerto: súpase despues con asombro que aun vivia. La Providencia le negó en esta ocasion hasta una muerte, en que por lo menos la compasion hubiera hecho olvidar una parte de la ignominia. Pero Dios ha querido dotar á este príncipe de una vitalidad inverosímil, para que en su elevacion, en sus errores, en su ceguera, en su caída y espiacion, sirva mas largamente de leccion á las potestades de la tierra, á quienes nunca con mayor motivo puede repetirse aquello del Salmo: «*Et nunc*

reges, intelligite; erudimini qui judicatis terram: y ahora, ¡oh reyes! oid; aprended los que gobernais el mundo.

Consecuencias inmensas tenia que producir en Europa la catástrofe de Paris del 24. Si la revolucion menos radical, de 1830, ocasionó la de Bélgica y su segregacion de la Holanda, conmovió la Polonia y alteró la Italia, con haberse constituido en represores del movimiento los mismos que se elevaran á su impulso, ¿qué será ahora que la Europa se halla ya en fermentacion, y el comprimido torrente de las ideas solo aguarda á que se rompa el dique que le contiene para estallar y desbordarse? Y sin embargo, los acontecimientos se han sucedido con mas rapidez y han ido mas allá de lo que entraba en los cálculos humanos. Sigamos la historia.

TERCERA.

DESDE EL 24 DE FEBRERO HASTA LOS PRIMEROS DIAS DE MAYO.

Mientras la noticia de la esplosion de Paris llega á las naciones de Europa, veamos el giro que se fué dando á la revolucion en Paris mismo.

El gobierno provisional instalado ya en el *Hotél de Ville*, que parece ser el *mihrab* de los gobiernos revolucionarios; aumentado con otros cuatro individuos que entraron con el titulo de secretarios para hacer luego parte del gran poder, Armand Marrast, Louis Blanc, Flocon, y el obrero Albert; dedicados los primeros momentos á dar las proclamas y alocuciones de ordenanza al pueblo y á la guardia nacional, á nombrar los principales funcionarios del estado y gefes de la guardia y del ejército, y á la disolucion consiguiente de ambas cámaras, anunció que se convocaria una asamblea nacional en cuanto el gobierno interino arreglara las medidas de orden y policia necesarias para el voto de todos los ciudadanos. El rumbo que habia de tomar la revolucion no era el gobierno dueño de elegirle, se le imponian á él los programas que se fijaban en las esquinas; la entrada de un obrero á formar parte de la autoridad omnipotente de la Francia, indicaba tambien cuál era el elemento dominante de aquella revolucion. Asi fué que el 25 aparecieron ya dos decretos, el uno creando 24 batallones de guardia nacional movilizada en Paris con el sueldo de franco y medio á cada individuo, que era el proletarismo armado; el otro comprometiéndose el gobierno de la república francesa á asegurar el mantenimiento de los trabajadores, restituyéndoles

por de pronto (esta era su expresion) el millon de francos que importaba la mesada corriente de la casa real.

Decretos fatales, singularmente el último, que infundió un terror pánico á todas las clases acomodadas; que hizo esconderse los capitales; que envalentonó á las turbas; que produjo las procesiones diarias de millares de obreros que iban á atosigar al gobierno con exigencias exageradas; que habia de poner á dura y constante prueba las fuerzas físicas, morales y oratorias de Lamartine; que alentó las pretensiones de los utopistas mas extravagantes; que sacó á plaza las doctrinas mas anti-sociales y disolventes; que cambió el carácter de la revolucion de política en social, y que habia de poner al gobierno en embarazos que se tiene por feliz en haber podido legar á la Asamblea constituyente.

Como un bálsamo consolador á la herida que este decreto abria á la sociedad humana, apareció al dia siguiente otro aboliendo la pena de muerte por causas y delitos políticos: rasgo sublime de legislacion humanitaria, muy propio de un pueblo que pretende marchar á la cabeza de la moderna civilizacion, y doblemente loable en quienes acababan de pasar por un sacudimiento terrible, y tenian que luchar contra el desbordamiento de pasiones irritadas. Era la realizacion de un antiguo deseo y de un pensamiento favorito de Lamartine, espresado en su bella oda: «*Contre le peine de mort.*» Como consecuencia de este gran pensamiento y como signo de las intenciones pacíficas del gobierno provisional, adoptó este por lema y comenzó á usar por epigrafe de todos sus documentos oficiales las tres palabras: «*Libertad, Igualdad, Fraternidad.*» Se desechó la bandera encarnada, emblema de sangre y de fatídicos recuerdos que algunos pretendian renovar, y se adoptó la tricolor, gracias á la persuasiva de Lamartine, y su bella frase de que «era la que habia dado con gloria la vuelta al mundo.» Diéronse tambien algunos decretos encaminados á restablecer el orden y el respeto á la propiedad. Buena necesidad tenia de ello el gobierno, y de no poca energía, si habia de refrenar las desbandadas turbas de incendiarios que corrian y devastaban las cercanías de Paris, y tenian aterrada la comarca y la capital. Aboliase por otro decreto la monarquia, bajo cualquier forma que fuese, se proclamaba la república como gobierno de la Francia, y en su virtud, los franceses, naturalmente amantes del espectáculo, hicieron al otro dia la proclamacion de la república al pie de la columna de Julio con la mas pomposa solemnidad.

Pero las manifestaciones de los obreros seguian; multiplicábanse sus procesiones al *Hotél de Ville*; crecian sus exigencias; habian contribuido al triunfo, y reclamaban para sí la mejor parte del botín, porque eran los que mas tenian que reclamar. El gobierno se veia ahogado á todas horas; el salon de las deliberaciones se encontraba á cada momento obs-

truido por millares de trabajadores que no trabajaban, y se estableció una comision permanente con el titulo de: *Comision de gobierno para los trabajadores*, con encargo espreso de ocuparse de su suerte y de la organizacion del trabajo, á que el gobierno se habia comprometido: se nombró presidente de esta comision á Luis Blanc, y vice-presidente al obrero Albert. Se puso una tasa periódica al pan, y se tomaron otras medidas económicas, entre ellas la de que los impuestos siguieran cobrándose como antes. Los antiguos titulos de nobleza quedaron abolidos y los franceses volvieron á ser simples ciudadanos.

Los departamentos con admirable docilidad se iban adhiriendo al gobierno republicano proclamado en Paris: los oficiales generales del ejército y otros altos funcionarios le iban haciendo su sumision: lord Normanby, embajador de Inglaterra cerca de Luis Felipe, hacia ya sus visitas oficiosas y benévolas á Lamartine, que eran como los anuncios del próximo reconocimiento del gobierno por la Gran Bretaña; los principes de la familia de Napoleon se inscribian como ciudadanos de la república, y le ofrecian sus servicios; y hasta el infante de España don Enrique dió su correspondiente manifiesto, diciendo, «que se apresuraba á ser de los primeros en saludar al gobierno nacional que la Francia acababa de darse á sí misma, y á aplaudir altamente la era de felicidad que iba á inaugurarse para todos los pueblos, y particularmente para España.»

Las noticias que se recibian así del interior como del exterior ofrecian al gobierno favorables síntomas de irse consolidando, y él daba muestras de esforzarse por restablecer la tranquilidad y la confianza pública; pero las manifestaciones de los obreros se sucedian sin interrupcion, no ya en el Hôtel de Ville, sino en el palacio del Luxemburgo donde su comision se habia establecido, y donde los albañiles y empedradores ocupaban los asientos de los Pares de Francia. «Estos bancos, les decia la comision del gobierno en su especie de discurso de apertura, estos bancos, asientos anteriormente de legisladores privilegiados, de Pares de Francia, han venido al fin á ser ocupados por el pueblo, como para tomar materialmente posesion de su derecho y señalar el lugar de su soberanía.» Con esto, ¿cómo podian menos de darse aire los legisladores? Las pretensiones sin embargo de los nuevos soberanos eran bien sencillas y limitadas. Reducianse á ganar mas salario en menos horas de trabajo, á que se aboliera la costumbre del *marchandage* ó regateo, ó sean los tratos con los su-empresarios, y á entrar en participacion de las ganancias con las empresas, dividiéndose aquellas, despues de deducidos los jornales de los operarios, entre el trabajo y el capital. Aunque la Comision de gobierno les iba haciendo todas estas concesiones, no se daban prisa los obreros á volver á sus talleres; gustábales mas estar sentados en la antigua cámara de los Pares, ó cantar por las calles la Marsellesa mientras

duraban los fondos de la lista civil. Tanto que el mismo gobierno tuvo que dirigirles una amorosa proclama exortándolos cariñosamente á trabajar. «Ahora, pues, ciudadanos, les decia, volved á vuestras anteriores tareas: estad seguros de que sois objeto de los cuidados del gobierno provisional de la república: él os ama, y se halla quizá mas impaciente que vosotros mismos por proporcionaros la felicidad.» Entre tanto los fondos públicos habian sufrido una baja horrorosa; cada día se anunciaba la quiebra de dos ó tres casas fuertes; el comercio estaba desalentado, paralizada la industria, los ánimos poseidos de pavor, la propiedad en peligro, y el gobierno con una masa de cien mil obreros sobre sí, descubriendo cada día una exigencia, y ostentando una altivez como si ellos solos hubieran hecho la revolucion, ó para ellos solos se hubiera hecho. Y como si los de París no fuesen ya harto pesada carga, de todas partes confluían obreros á la capital; y en muchas ciudades de los departamentos se habian entregado á desmanes y licencias que hacian temer una disolucion social. Bien necesitaban de talento, prudencia y energía los individuos del gobierno para enderezar la revolucion. Iban no obstante atravesando con intrepidez la crisis, y con sus medidas financieras, con su creacion de talleres nacionales, con sus cajas de descuentos, con sus promesas y sus discursos, desenvolvíanse menos mal de lo que era de temer.

Deseábase ya conocer cuál era el pensamiento del gobierno provisional respecto á las demas naciones, y qué carácter pensaba dar á la nueva república, si de pacífica ó de conquistadora. El MANIFIESTO de Lamartine publicado el 2 de marzo, bajo el modesto título de *Circular del ministro de Negocios extranjeros á los agentes diplomáticos de la República francesa*, vino á sacarnos de dudas. Este famoso documento, al través de muchos bellós pensamientos espresados en muy florido lenguaje, entre poético y diplomático, entre arrogante y prudente, venia á reducirse en último análisis á estas dos palabras: «La república ni provocará ni esquivará la guerra.» Las naciones lo comprendieron así, y se tranquilizaron las mas recelosas en este punto, quedándoles ya solo que temer la influencia del ejemplo.

Dejemos ahora por un momento la Francia, y veamos ya la sensacion eléctrica que su sacudimiento iba causando en los demas estados de Europa. La Bélgica, como la potencia mas inmediata, fué la primera á sentir el amago del estremecimiento; mas con asombro general y merced á la prudencia del rey Leopoldo y su gobierno, y á concesiones hechas con oportunidad, dejó por primera vez de ser el satélite de la Francia, y se mantuvo en una prudente posicion; tanto que pudo despues dar un escarmiento duro á una banda de 2,000 franceses y belgas que procedentes de París iban con infulas de establecer allí la república. La Suiza

por los precedentes que habian mediado, no podia dejar de acoger con júbilo la caída de la dinastía Orleans y el triunfo de las ideas republicanas, y el canton de Neuchatel en su entusiasmo se separó de la Prusia de que tenia dependencia, y estableció su gobierno particular en Lachause-de-Fonds. Principio del desmoronamiento del edificio social europeo. Los pequeños estados de Alemania iban conmoviéndose sucesiva, pero rápidamente. En el reino de Wurtemberg el Comité de los estados presentaba al rey un mensaje pidiendo un parlamento alemán, libertad de imprenta y de conciencia, armamento del pueblo, abolicion de privilegios y garantía del trabajo; y en 2 de marzo decretó ya el rey Guillermo la abolicion de la censura. En los grandes ducados de Baden y Hasse-Darmstadt se formulaban iguales peticiones, y la Dieta de Francfort hacia un llamamiento general á los estados alemanes. El 4 de marzo el Burgomaestre y el Senado declaraban que la imprenta era libre en Francfort como en Vaden, Wutemberg, Hesse y Nasau. El rey de Baviera reconocia la república francesa, y Colonia Dusseldorf manifestaban al rey de Prusia los deseos del pueblo y de toda la Alemania; y le indicaban la marcha que debía seguir. En Lóndres, Manchester, Glasgow y Edimburgo estallaban molines cartistas, y de muchas ciudades de Inglaterra, Escocia é Irlanda, eran dirigidas felicitaciones alarmantes á los republicanos franceses. La nueva de los sucesos de París franqueaba el Rhin, el Danubio y el Vístula, y conmovia las Sajonias, la Prusia, el Austria, la Polonia, la Bohemia y la Hungría. En cuanto á Italia, lanzada ya antes de los sucesos de París en la carrera de las reformas, y que habia visto en pocos dias nacer tres Constituciones en tres de sus principales estados, Nápoles, Toscana y Cerdeña, de suponer es el efecto que aquellos producirian. Impacientóse el pueblo de Roma, y aunque el P. Ventura habia publicado ya las bases de la Constitucion que Pio IX estaba preparando, pedíanla con urgencia, y obligaron al papa á dirigirles de nuevo la voz para decirles que estaba en dársela, pero que se hicieran cargo que un rey-pontífice no podia improvisar una Constitucion en dos dias como un rey-seglar, con lo cual se aquietaron. En el Piamonte eran espulsados violentamente los jesuitas, teniendo que salir de los conventos disfrazados de soldados para librarse de los furores del pueblo. Pero el rey constitucional de Nápoles seguia bombardeando constitucionalmente á Messina, lo cual producía en la Sicilia mas y mas resolucion de separarse de Nápoles. El principado en miniatura de Monaco proclamaba su república correspondiente, á imitacion de la Francia.

El Czar de Rusia, cuando recibió las primeras noticias de París, dicen que exclamó: « Los franceses están locos: la Francia padece un vértigo.»

No iba descaminado el Autócrata á juzgar por el giro que en París se

estaba dando á la revolucion. El ministro de la *Instruccion pública* dirigia una circular á los rectores de las universidades sobre las futuras elecciones, recomendándoles mucho que pusieran en juego la influencia de los *maestros de primeras letras*, y advirtiéndoles que era un error creer que para ser un buen representante del pueblo fuera necesario tener *ni instruccion ni fortuna*; que en un cuerpo como el que se iba á reunir, la mayoría de sus individuos debia llenar el papel de *inspirado*, y que bastaba tener *sentido comun* para decidir por un *si* ó un *no*. Todo esto y algo mas decia el ministro de la *Instruccion pública*, Mr. Carnot. El de lo Interior, Ledrú-Rollin el mas avanzado apóstol de la *mas ilimitada libertad*, prevenia á los *comisarios* del gobierno (especie de *pro-consules* que habia mandado á los departamentos), que vieran de hacer que recayese la eleccion en republicanos anteriores al 24 de febrero; que para conseguir este fin no reparáran en medios; y que si era menester para ello separar empleados y magistrados lo hicieran sin escrúpulo. Y ellos, los delegados absolutos del gobierno de la libertad, desempeñaban sus instrucciones muy cumplidamente. El de Hacienda, que lo era ya Garnier-Pagés, derramaba una lluvia de decretos, arrancados por la necesidad de proveer de alimento á las masas populares, y producidos por la escasez de los fondos públicos y por la falta de circulacion del retirado y escondido metálico. Disponia la venta de los diamantes de la corona, de los bosques y propiedades del Estado y de la lista civil, el secuestro de los bienes patrimoniales de la familia de Orleans; abria una suscripcion para uniformar los proletarios de la nueva guardia; prescribia el curso forzado de los billetes del Banco, y creaba honos del tesoro, y destinaba cupones del 5 por 100 para los reembolsos de los depósitos que hubiesen de retirarse de las cajas de ahorros. El de la Justicia decretaba la abolicion de la prision por deudas. Luis Blanc en su especie de Congreso de obreros, les enseñaba que la concurrencia es la muerte de la industria y de la libertad; que la igualdad exigia la nivelacion de salarios, y que el premio de los mas laboriosos y de los mas hábiles en una república como la que se acababa de proclamar, no debia ser el sueldo, sino la gloria y el honor; y que ya presentaria él á la Asamblea un proyecto de organizacion del trabajo en este sentido que no dejaria nada que desear. A todo esto los Comunistas pedian que se marchase por el camino mas corto, y decian que el medio mas breve y mas sencillo de hacer efectiva la igualdad que se proclamaba, era distribuir entre todos las fortunas existentes, y con eso nadie seria mas rico que otro, que es lo que se pretendia demostrar.

Otros niveladores de fortunas, mas prácticos que teóricos, que se daban el título de obreros y eran bandidos, andaban por las cercanias de Lyon, de Tolosa, y de otras ciudades de Francia, en bandadas de 1.500

y 2.000: y no tuvo poco que hacer la guardia nacional y la tropa para derrotar á tales organizadores, y desalojarlos hasta de posiciones fuertes de que se habian apoderado. Los de Paris, halagados por Ledru-Rollin, Luis Blanc y los Comunistas, hicieron el 17 de marzo una demostracion solemne ante el *Hotél de Ville* en número de mas de 40 mil, pidiendo que salieran de Paris las tropas que habia, y que se difriesen las elecciones para la guardia y para la Asamblea nacional. Salió el gobierno como pudo de aquel conflicto, y si las pocas tropas de linea que existian no evacuaron la ciudad en virtud de la voluntad omnipotente de los obreros, las elecciones fueron aplazadas. Pidieron despues que las horas de trabajo que habian rebajado ya de 11 á 10, se rebajaran todavia de 10 á 9, y pasaron á imponer por si mismos su soberana ley á las fábricas. Exigian ademas los *Clubs*, sostenidos por los obreros, la disolucion de las compañías de preferencia de la guardia. El gobierno lo decretó así: la antigua guardia recibió un gran disgusto de esta medida, y para ver de que fuera revocada hizo tambien una demostracion imponente. Nada consiguió sin embargo, y faltó poco para que hubiera una colision funesta entre la antigua guardia nacional, representante de las clases medias y del órden, y la nueva guardia y los obreros, apoyados por los republicanos de ideas mas exageradas.

Habia ya por esta fecha en Paris un hormiguero de *Clubs*, cada uno de los cuales tenia su fin, sus pretensiones y sus exigencias, y todos juntos eran capaces de volver loco á cualquier gobierno. Ademas de los *Clubs* de los doce distritos, habia innumerables otros, cuyos titulos formaban un curioso nomenclator. *Club de los hombres libres, Club de los Previsores, Club Democrático, de la Igualdad, del Porvenir, de la Emancipacion de los pueblos, de los Condenados políticos, de los Trabajadores, de la Fraternidad, de la Reforma, de los Derechos del hombre, del Banquete, de la Libertad, de los Obreros alemanes, de los Criados, de los Polacos, de los Suizos, de los Italianos, Popular, Republicano, Constituyente, Fraternal central*, y otros doscientos, presididos algunos por Blanquí y Cabet, gefes de los *Comunistas* y de los *Icarianos*. Y hasta las mugeres formaban sus sociedades patrióticas y sus clubs, con el título de *las Vesubianas* y otros algo mas ridiculos: todo lo cual justificaba sobradamente el dicho del emperador Nicolás, de que «Paris padecia un vértigo.»

Orgullosos los obreros de los clubs con sus triunfos, y con la señalada proteccion de tres individuos del gobierno, Ledru-Rollin, Flocon y Luis Blanc, tenian aterrada la poblacion y la Francia entera, que por algunos dias témió sucumbir bajo el dominio de las turbas proletarias y de las doctrinas mas disolventes. Por fortuna ni la mayoría del gobierno participaba de las exageradas ideas de Ledru-Rollin y sus dos cólegas,

ni París y la Francia habían renunciado al buen sentido que distingue al ilustrado pueblo francés: y la antigua guardia nacional, las clases altas y medias, los propietarios, los industriales, la prensa juiciosa, todos se pusieron del lado de Lamartine, Dupont de l'Eure, Arago, Garnier-Pagés y los demás miembros del gobierno partidarios del orden unido con la libertad, y que con sus discursos, con sus medidas, con sus manifiestos al pueblo, procuraban borrar, ó atenuar por lo menos, el susto y el terror producidos por las famosas circulares de Ledru-Rollin, por las fechorías de sus pro-cónsules, por las demostraciones de los obreros y de los clubs, y por los desorganizadores proyectos de organización del trabajo de Luis Blanc. Una vez pronunciados y puestos de frente dentro y fuera del gobierno los dos partidos, que podemos decir el de los republicanos de orden y el de los ultra-republicanos y comunistas, era natural que luchasen así en el campo legal como en el de la fuerza, aunque el éxito no podía ser dudoso. En efecto, comenzó la lucha en la sala de sesiones del *Hotél de Ville*, donde alguna vez, como fuesen insuficientes los argumentos de razón para arrancar la adhesión y el convencimiento de Ledru-Rollin, hubo de apelarse á otros más significativos, á los cañones de las pistolas de Garnier-Pagés. Lamartine por su parte en sus relaciones diplomáticas, en sus comunicaciones á los representantes de las potencias extranjeras, en sus respuestas á los mensajes y peticiones con que le acosaban los cartistas ingleses, los repealistas irlandeses, los emigrados italianos, polacos y alemanes, mostrábase opuesto á la propaganda armada, conducíase con una moderación tan prudente como enérgica, y manifestaba querer limitarse á consolidar en Francia una república de orden, deseando la libertad para los demás estados, pero sin pretensiones de imponer á ninguno la ley. El pueblo midió su fuerza numérica y moral con los partidos extremos en el campo de las elecciones para la guardia nacional; se encontró fuerte, y todo anunciaba que la revolución iba mudando de rumbo, y comenzó á renacer la confianza. Faltábale no obstante medir su fuerza física con la que ya podemos llamar fracción desorganizadora, pero enérgica, osada y temible. Llegó un día en que esta se presentó armada en el campo, mas á la vista de toda una población inmensa levantada en masa y firmemente resuelta á escarmentarla, vióse de la manera más solemne humillada y confundida, sin atreverse á obrar, ni á intentarlo siquiera. Ya no quedó duda de que el partido del orden había asegurado su triunfo, y desde entonces fué fácil prever el resultado de las elecciones generales para la Asamblea, en que tan ignominiosa derrota sufrieron Ledru-Rollin, Luis Blanc, y el partido extremo que ellos representaban. Pero todas estas pruebas fueron necesarias, fueron menester estos y otros testimonios del buen sentido del pueblo francés, y del talento, discreción y prudencia de

Lamartine y sus cólegas, para irse convenciendo de que por lo menos era posible en Francia un gobierno republicano pacífico, lo cual era ya resolver lo mas difícil del problema.

Dejemos otra vez á París; dejemos á sus habitantes entretenidos en plantar árboles de la Libertad y en pasear la estatua de la República, y llevarla en procesion á los templos, donde el clero, muy gravemente vestido de alba y estola, la hace cristiana santificándola con el bautismo de aspersion, y la bendice y corona, y entona sobre ella antífonas y salmos de David; y luego es conducida entre las filas de la guardia nacional á la plaza del Ayuntamiento, donde la Santa República recibe otra bendicion no menos solemne, aunque profana, de los poéticos labios de Lamartine, lo cual acaba de enloquecer á los ceremoniosos y cómicos franceses. Dejémoslos entusiasmarse con estas solemnidades, para dar cuenta de lo que entretanto pasaba en Europa, donde desde mediados de marzo se habian precipitado, atropellándose, por decirlo así, los sucesos de tal modo, que nos será imposible hacer otra cosa que atropellarnos tambien, puesto que ni los acontecimientos se daban vagar unos á otros ni le dejan al historiador.

La alta y baja Alemania, los estados grandes y pequeños, los reinos, los ducados, los electorados y las ciudades libres, todo se hallaba en eferescencia. Aquí se proclamaba la República, allí abdicaba un rey, aquí se convocaba una Dieta, allí daba una proclama un elector, aquí se pedia una Constitucion á un gran duque, allí un pueblo levantaba barricadas, aquí un comité formulaba una peticion, allí un príncipe se anticipaba á conceder lo que le habian de pedir: en todas partes sonaban las palabras de «libertad de imprenta ilimitada, libertad de conciencia y de cultos, igualdad de derechos para todas las religiones, guardia cívica y parlamento alemán.» Al través de la discordancia de medios, de formas, de caminos que cada estado buscaba para regenerarse, dominaba á todos un pensamiento comun, una aspiracion uniforme, la unidad alemana, la regeneracion del antiguo y glorioso imperio germánico, bajo la forma de una Confederacion germánica compacta y libre. Los soberanos de los dos grandes estados alemanes, el rey de Prusia y el emperador de Austria, parecia obrar en un principio de acuerdo entre sí y con el Czar de Rusia para contener el movimiento liberal, y á ello tendian sus proclamas, sus armamentos y todas sus disposiciones. Ya el rey de Prusia comprendió que era menester variar de rumbo, y adoptó el sistema de las promesas halagüeñas, y se estendió á ofrecer una cooperacion activa en favor de la Confederacion germánica, y convocó la Dieta de sus estados. Pero de la noche á la mañana se anunció para asombro del mundo que en Viena habia libertad de imprenta y milicia ciudadana, y que el Austria era constitucional: el viejo príncipe de Metternich habia concluido

estrepitosamente su larga carrera de diplomático, y emprendido la de prófugo; su casa de campo habia sido incendiada. El emperador de Austria, el tipo del absolutismo, se habia convertido de repente en demócrata y popular. Déjase comprender cuál habria sido la insurreccion de Viena para producir tan sorprendente trasformación.

Otra sublevacion estalla en las calles de Berlin; el pueblo y los estudiantes triunfan de la tropa y de las cargas de caballería, no sin que hubiera desgracias y víctimas; y el rey de Prusia, al ver que empujado por su pueblo tiene que marchar mas de prisa de lo que habia pensado y prometido, proclama que se pone á la cabeza del movimiento aleman, dice «que se siente llamado á salvar la unidad y la libertad de Alemania,» adopta en sus banderas los colores alemanes, convoca la asamblea general de los estados, y su primer ministro grita delante del pueblo: «¡Viva el rey de Alemania!» Pero el Austria responde con mofa y con indignacion á este grito, sospecha que aspira á proclamarse emperador, y rechaza con ira y con burla las pretensiones de Federico Guillermo; los demas estados alemanes se irritan al saber las aspiraciones del monarca prusiano, y le niegan todo derecho á constituirse en jefe de la Confederacion; la Pomerania y el Brandeburgo se pronuncian enérgicamente contra la declaracion del rey de Prusia, la Baviera protesta, y el retrato de Federico Guillermo es quemado en la plaza pública de Munich. El buen monarca se ve obligado á declarar solemnemente ante la Dieta que él no ha tenido los pensamientos que se le atribuyen, que su intencion no ha sido otra que ser el primero á promover la libertad de la Alemania sin ulteriores pretensiones. Mas el Austria alega que le toca á ella ser la primera en volver la independenciam y la libertad al pueblo aleman, y de este modo los dos soberanos de Austria y Prusia, á quienes en primeros de marzo se miraba como los enemigos mas temibles de los estados libres y de los gobiernos representativos, se disputaban antes de fines de marzo la primacia de la direccion del movimiento liberal, y rivalizaban entre sí sobre quien habia de hacer concesiones mas avanzadas á sus pueblos; y tanto concedian que les faltaba poco para declararse republicanos.

Entre tanto el papa habia dado su prometida Constitucion, con lo que el pueblo romano estuvo á punto de enloquecer de júbilo: y acaso por eso, y temiendo no quisiera un dia la democracia arrastrarle mas allá, creyó conveniente el Santo Padre advertir á su pueblo el dia que se proclamó la Constitucion, «que habia hecho cuanto podia hacer, y no podia hacer mas.»

Libre Parma de las tropas austriacas, habia hecho su revolucion correspondiente, despedido á su duque, Carlos de Borbon, y proclamado una regencia. El de Módena se fugó otra vez de sus estados, y Módena

se hizo constitucional, y se puso bajo la protección de la Confederación italiana. Sicilia arrancó del rey de Nápoles una Constitución para sí sola con un parlamento siciliano en Palermo, y logró que el rey Fernando nombrara virey de Sicilia al presidente del gobierno provisional de Palermo Ruggiero Settimo: hasta que últimamente ha tenido á bien declarar, que Fernando de Borbon y su dinastía quedan para siempre excluidos del trono de Sicilia, y que esta se regirá por un gobierno Constitucional, y después de formar su Constitución llamará al trono á un príncipe italiano.

El reino Lombardo-Veneto se sacudía con desesperado arrojo de la dominación austriaca: los milaneses hacían prodigios de valor; al cabo de cinco días de una lucha heroica, un millar de hombres resueltos arrojaron á 16,000 austriacos de todos los fuertes, y los obligaron á ir á ocultar su humillación y su vergüenza con el viejo general Radetzki á las orillas del Mincio. Los cinco días de Milan parecerían fabulosos á quien no supiera de lo que es capaz un pueblo que pelea por su libertad. Recobró, pues, Milan su independencia, y nombró un gobierno provisional. Venecia no tardó en hacer su sacudimiento y se constituyó en república, acordándose de lo que había sido. Mas como los austriacos pisaban todavía el suelo de la Lombardía, los milaneses alzaron su voz reclamando auxilio de sus hermanos de Italia, y su voz fué oída, porque era la voz de la justicia y de la fraternidad; y de todos los puntos de Italia, de Toscana, del Piamonte, de Roma, de Nápoles y de Sicilia, se apresuraron á acudir guerreros á sostener la santa causa de la independencia y de la nacionalidad italiana. Un respetable ejército confederado de italianos de todos los países al mando del rey Carlos Alberto de Cerdeña, y bendecido por el papa, sostiene hoy una especie de guerra sagrada con los austriacos á las márgenes del Mincio y del Adige, y bajo los muros de Mantua y de Verona.

Aun no pararon aquí los sucesos de marzo. En el gran ducado de Posen, en Varsovia y Galitzia, en las tres Polonias, Prusiana, Rusa y Austriaca, se levantaba simultáneamente el grito favorito de los polacos, el de su querida nacionalidad; grito que se correspondía con el de todos sus hermanos dispersos por la tierra. Nadie menos que los polacos podía ser indiferente al movimiento general de regeneración. «Llegó ya la hora para nosotros, decían en sus proclamas. Hermanos, si os anima el amor ferviente de Dios y de la patria; si estais prontos á vivir ó morir por ella; si habeis dirigido al cielo vuestros ojos llenos de lágrimas y de esperanza; si teneis simpatías por vuestros hermanos desterrados que en toda la tierra derraman su sangre por la patria... conservad integro vuestro santo entusiasmo, y estad prontos al primer llamamiento...» Y os unos se reunían en comités, y dirigían sentidas peticiones de libertad

á sus soberanos respectivos, mientras los otros formaban legiones de voluntarios armados. El emperador de Austria soñaba en hacerse rey de Polonia; el rey de Prusia halagaba á los polacos de sus estados, separaba su causa de la de los alemanes, y con su sistema ambiguo introdujo la discordia y la guerra entre las dos naciones sin atraerse ninguna. El Czar de Rusia, viendo que el *vértigo de la Francia* habia llegado á difundirse hasta en sus propios dominios, dió aquel famoso Manifiesto, en que al propio tiempo que hacia un llamamiento general á todos los rusos, como si no se fiara mucho de la eficacia de los medios humanos, invocaba *el auxilio de Dios Todopoderoso*. «DIOS ESTÁ CON NOSOTROS» repelia por dos veces en su devotísima proclama, y con achaque de poner sus fronteras al abrigo del *vértigo*, invocaba 130 mil soldados sobre la desgraciada Varsovia. El tiempo aclarará si Dios está con él ó con los polacos.

Mientras el recién constitucional emperador de Austria enviaba ejércitos imperiales para seguir oprimiendo la Lombardia y se hacia la ilusion de poder erigirse en rey de Polonia, desmembrábasele la Hungría; sus manifiestos y rescriptos eran pisoteados y quemados en Presburgo; los húngaros sacudian el yugo austriaco; obligaban á la Dieta de los Magnates y al archiduque palatino á refugiarse á Viena; abolian el feudalismo, y concluyeron por hacerse independientes del Austria proclamando al archiduque Esteban.

El rey de Suecia encargó á una comision que redactara lo mas pronto posible un proyecto de Constitucion para su pueblo; y con todo eso no faltaron desórdenes en Stokolmo. Los de Dinamarca y Prusia se declararon la guerra por los antiguos ducados alemanes de Schleswig y Holstein; guerra en que se han dado ya encarnizados combates, que dura aun, y en que no será extraño que tenga que tomar parte la Suecia, la Rusia, la Alemania y la Inglaterra por sus encontrados intereses. El rey de Holanda cambiaba su ministerio en sentido liberal, y daba ensanches á la Constitucion de sus estados. Los saboyanos habian proclamado la república en Chambéry en ausencia de Carlos Alberto, y los labriegos de las campiñas volvieron á deshacer en dos dias la obra de los republicanos de la capital. Las Dietas particulares de los estados de Alemania y la general de Francfort se hallaban reunidas; las unas para organizar sus respectivos estados, la otra para fijar las bases de la gran confederacion alemana. Ni en unas ni en otras podian ponerse de acuerdo; en unos estados se proclamaba la república; en otros la monarquía constitucional; venian unos con otros á las manos; los mismos que estaban tratando de una Constitucion federal, se hacian la guerra como enemigos, y todo estaba en conflagracion.

No era posible que en España dejara de sentirse el estremecimiento general europeo. Y en efecto, la noche del 26 de marzo se levantaron bar-

ricadas en muchas calles de Madrid; paisanos armados se pronunciaron en insurreccion para derrocar el órden de cosas existente, que no era muy análogo ni al proclamado en la vecina Francia, ni al que en el resto de Europa prevalecia ya. Las tropas todas de la guarnicion acudieron á sostener al gobierno. Hubo combates sangrientos y vigorosamente sostenidos entre el pueblo insurreccionado y la fuerza pública, y de una y otra parte resultaron no pocas víctimas que lamentar, corriendo en abundancia sangre española. Mas como la España posee ya de antiguo el privilegio escepcional de no parecerse á las demas naciones, mientras en los demas paises triunfaban los movimientos populares, aqui fueron sofocados, y la fuerza del gobierno venció la insurreccion. Resultó de aqui lo que resulta siempre en España de las tentativas ineficaces. Declaróse la capital en estado de sitio, suspendiéronse en todo el reino las garantías de los ciudadanos con arreglo á la facultad de que el gobierno habia cuidado de revestirse en las Córtes para cuando el caso llegára, diéronse por una parte muchos grados, muchos ascensos, y no pocas fajas; hicieronse por otra prisiones infinitas y destierros numerosos; fiscalizábanse y se intervenian y recogian los periódicos de la oposicion; y de esta manera, por culpa de todos, cuando en Italia, Austria, Prusia, Alemania, Holanda, Hugia, Dinamarea, Suecia y Noruega, se daban instituciones anchamente liberales, y se proclamaba la libertad de imprenta ilimitada, en España se suspendian todas las garantías constitucionales, y usando de una antigua espresion nuestra, éramos el *vice-versa* de todo el mundo.

El mes de abril la tormenta se anunciaba por otro punto del horizonte; y anunciábase, no con un ruido sordo, sino con estrépito, con alboroto y aparato, que en ese pais de las originalidades y de las estravagancias que llaman Inglaterra, en el pais de los *repeallers* y de los *meetings*, en que las conspiraciones contra el gobierno se acuerdan á voces en las plazas públicas y se anuncian por carteles, hacia dias que los cartistas de Lóndres y Dublin se presentaban osados y amenazadores, celebraban reuniones tumultuosas, pronunciaban discursos acalorados excitando abiertamente á la rebelion contra el gobierno y aun contra la reina, y á proclamar una república democrática como la de París. Los irlandeses se armaban y organizaban en batallones á la vista de las autoridades del gobierno: los demócratas y los partidarios de la revocacion incitaban á tomar las armas y declaraban solemnemente la guerra á presencia de la policia: en Lóndres habia hasta una *Convencion nacional*, que celebraba sus sesiones públicas, y deliberaba y sancionaba con la misma formalidad y solemnidad que el mismo parlamento. Por último, se habia anunciado pomposamente para el dia 10 un gran *meeting* en Kennington-Common, del cual habia de partir una *procesion monstruo* de quinientas mil personas

que habia de presentar á la Cámara de los Comunes una peticion tambien *mónstruo* con *seis millones de firmas*, del peso igualmente *mónstruo* de *cuatro quintales*. Esperaba todo el mundo con ansia el resultado de tantas monstruosidades reunidas, que se suponía no podría menos de ser monstruoso tambien. El gobierno inglés, á pesar de la fria impassibilidad con que aparenta siempre mirar estas monstruosas demostraciones, pareció ahora haber entrado en cuidado, y el dia 7 lord Grey, ministro de lo Interior, presentó á la Cámara un proyecto de autorizacion para emplear medidas estraordinarias contra los sediciosos y contra los provocadores al desórden por escrito ó de palabra, y lord Clarendon declaró que sin este *bill* no podia reprimir á los que desafiaban é insultaban impunemente. A pesar de todo, los Cartistas no desistian de hacer su demostracion, y el *banquete* de Paris de 22 de febrero era un insignificante convite en cotejo de lo que el mundo esperaba y temia del *meeting* de Lóndres de 10 de abril.

Llegó al fin el tremendo dia 10, y amaneció con una proclama de los Cartistas á los habitantes de Lóndres, que comenzaba: «Va á tener lugar hoy una gran revolucion.» De todas partes acudian cartistas por los caminos de hierro, de Manchester, de Birmingham, de Liverpool, y hasta de Edimburgo y de Glasgow. Por su parte el gobierno popular de la Gran Bretaña habia prohibido la procesion, como prohibió el banquete el gobierno impopular de Paris, y lord Palmerston habia hecho cuajar de tropas y cañones las calles de Lóndres, ni mas ni menos que habia hecho en Paris Mr. Guizot. Al fin súpose el resultado del gran *meeting*.... *A las siete de la noche Lóndres estaba tranquilo*. Los 500,000 cartistas, al comunicarlles la prohibicion del gobierno, habianse contentado con enviar á la Cámara la peticion *mónstruo*, encomendada á 48 delegados presididos por Mr. O' Conor, el cual despues de haber arengado elocuentemente á la muchedumbre, la presentó pacíficamente á la Cámara, acompañándola con su correspondiente discurso, á que la Cámara contestó, que la tomaria en consideracion y procuraria atender á los deseos de los peticionarios. La peticion, eso sí, iba en una magnífica carroza, tirada por seis caballos soberbiamente enjaezados, y en los costados de aquella se leian las inscripciones: «*La voz del pueblo! La causa del pueblo! Sufragio universal! Somos millones y reclamamos nuestros derechos, etc.* Tal desenlace de tales demostraciones solo pueden verse en ese pueblo original, en que los nobles en casos semejantes se inscriben de constables, y se hacen agentes de policia, y con una varita, que parece ser la varita mágica, sujetan al pueblo *mónstruo*, al modo que amansa los suyos un domador de fieras.

Despues de todo esto, el hospitalario y humanitario gobierno inglés pidió en la sesion de la Cámara de los lores del dia 11 un *bill* para poder

espulsar de Inglaterra todos los extranjeros sospechosos y de mala traza: lo cual, si ellos lo hubieran visto en otros, hubieran dicho que era la ley mas arbitraria y mas inhumana que los hombres habian podido concebir. Y la Convencion Cartista por su parte, la que el dia 10 habia obedecido tan mansamente á la policia, proponia muy seriamente en su sesion del 11 que se acusara al gobierno de no haberles dejado celebrar su procesion. Sentimos no tener espacio para notar las muchas otras singularidades que ofreció aquellos dias ese gran pueblo de los *meetings* y de los *bills*.

Aparte de las dos guerras formalizadas ya en Europa, la de los prusianos y alemanes contra los daneses en Holstein, y la del Austria contra el ejército federal italiano sobre Peschiera en la Lombardia, toda la Europa se ocupaba en abril de reconstituirse y organizarse, y como de reponerse del terremoto universal de febrero y marzo. Mas como habia sido tan espantoso y radical el sacudimiento, y no sea nunca ni tan breve ni tan fácil reconstruir como derribar, la mayor confusion reinaba sobre las bases en que se habian de asentar los nuevos edificios. Los graves y sesudos alemanés, acordes solo en un pensamiento, en el de la reconquista de la nacionalidad alemana bajo una Costitucion general federal, ni lo estaban en las bases de esta Costitucion, ni menos en las de que habia de darse cada estado en particular. En Pomerania se pronunciaba la reaccion en favor de la nobleza, y en Constanza se proclamaba la república: los reinos de Hannover y Wurtemberg no querian lo que el duca-do de Darmstard y el electorado de Hesse; Babiera no pensaba como Brunswich, ni Offemburgo como Baden: los delegados de cada dieta llevaban sus particulares pretensiones á la general de Francfort, y el Comité de los 50 hacia un llamamiento á todos los alemanes invitándoles á acudir á las elecciones de los diputados que habian de constituir el gran Parlamento aleman.

Los estados nuevos ó reconstruidos se dieron á reconocer y hacerse reconocer entre si y de los antiguos; y en este juego universal de reconocimientos le tocó tambien su partecita á nuestra España, siendo sucesivamente reconocida de los reyes de Baviera y de Cerdeña, de la república de Venecia, y últimamente del rey de Prusia, siendo de creer y de esperar que acabaremos por reconocernos todos mutuamente.

La Francia, de quien hace tiempo que no hablamos, tambien se ocupaba de prestar y recibir reconocimientos, ú oficiales ú officiosos, de los demas estados. La mayoría del gobierno y de la poblacion de Paris y su guardia nacional se preparaban á rechazar los proyectos anárquicos de los comunistas, que meditaban derribar á Lamartine y los demas miembros del gobierno que ya llamaban moderados, para reemplazarlos con el ciudadano Blanqui y sus compañeros de comunismo, y establecer un *Co-*

mité de salud pública. El 16 de abril fué el día famoso en que la población inmensa de París se presentó armada á sostener al gobierno provisional contra 4 ó 5 mil comunistas tambien armados que se habian reunido; y el día que se habia anunciado como de un grave peligro para la república, lo fué de solemne triunfo para ella misma y para el partido del orden y de Lamartine. Los comunistas quedaron anonadados.

Gozoso el gobierno provisional, y asegurado con este triunfo, dispuso para el día 20 una gran fiesta nacional, que se habia de llamar *la Fiesta de la Fraternidad*, porque aquel día habia de fraternizar el ejército con el pueblo. Los gefes de los cuerpos que se hallaban en París y sus inmediaciones, habian de recibir las banderas de la república de manos del gobierno, y á presencia de toda la guardia nacional. La ceremonia se hizo con toda la solemnidad, ostentacion y aparato, que los franceses saben dar á estos espectáculos. Toda la descripcion que se hiciera de esta fiesta, seria pálida al lado de la pintura que de ella hizo el mismo gobierno provisional en su Proclama del día siguiente al Pueblo, á la Guardia nacional y al Ejército, y de que en nuestra necesidad de reasumirnos, solo podemos copiar algun periodo: «Quisiéramos, decia, conservar á la posteridad una fiel imágen de este gran día fraternal: ese bosque flotante de bayonetas, que para desfilará paso de carga, ha necesitado diez y seis horas: esas flores, esos pabellones, esos ramos en la punta de los fusiles, simbolos de paz en la fuerza: esos batallones que han acudido de las ciudades y aldeas mas distantes con una parte de su poblacion; esos regimientos, compuestos de nuestros hijos y de nuestros hermanos..... esos semblantes que no respiran sino concordia y confianza..... esos gritos..... esa unanimidad..... ese acogimiento, en fin, mostrado al regresar á la luz de los hachones á las calles de París espontáneamente iluminadas, como para prolongar mas aun por la noche este dia demasiado corto para dejar contemplar el ejército pacifico de la fraternizacion. ¡Conservad al menos esa imágen dentro de vuestros corazones! La Europa y la Francia lo sabrán mañana, la Europa para calcular el inconmesurable poderio de una nacion que en una sola ciudad puede armar 300,000 hombres en una noche; la Francia para regocijarse del espíritu que anima á la universalidad de su capital..... *La Fraternidad* no será solo una ceremonia, será una ley.....» El general Courtais, comandante general de la guardia nacional, le decia: «Ciudadanos de la guardia nacional:—El recuerdo de la fiesta de ayer no se borrará jamás; era la *Fiesta de la Fraternidad*. Cuatrocientos mil hombres han desfilado triunfalmente entre el estrépito del tambor y del cañon, delante de los representantes provisionales de la república francesa. Jamás fué dado á un gran pueblo espectáculo mas mágico.»

Nosotros admiramos el tacto de los franceses para estos espectáculos

mágicos, para estos grandes pensamientos, que suelen producir efectos grandiosos tambien, y para lo cual tienen una aptitud y una predisposicion singular. Pero nos parece que un bosque flotante de bayonetas, que 400,000 hombres armados, desfilando entre el estrépito del cañon y el ruido de las cajas de guerra, no son el simbolo mas adecuado de la *Fraternidad*, pues tenemos la aprension de creer que los hombres no vivirán muy *fraternamente* ni muy como hermanos, mientras las fiestas nacionales sean fiestas de bayonetas y cañones.

Terminada aquella fiesta, ya no se pensó sino en preparar otra todavía mas vistosa y solemne para el día 4 de mayo, con el título de *Fiesta del Campo de Marte*, en que habia de haber muchos coros de jóvenes de ambos sexos, muchos himnos patrióticos, columnas y pirámides, emblemas y alegorias de la *libertad*, de la *igualdad* y de la *fraternidad*, que son las tres virtudes teologales del catecismo de la nueva república, estátuas y banderas de las naciones que recientemente han conquistado su libertad, árboles, olivos y laureles, un arado en medio de espigas, frutos y flores, y un carro tirado por cuatro bueyes, con los cuernos dorados y adornados de cintas. Esta fiesta tenia por objeto solemnizar la traslacion de los productos de todas las industrias al Campo de Marte. Esto y el resultado de las elecciones para la Asamblea nacional, tuvo preocupados á los franceses en los últimos dias de abril. Verificáronse aquellas, y hecho el escrutinio general el 28, resultó haber obtenido una inmensa mayoría de sufragios, así en Paris como en toda la Francia los republicanos puros y de orden, y los diputados de la antigua oposicion, sobre los legitimistas, comunistas y republicanos estremos. Ledru-Rollin, gefe de estos últimos, habia tenido en Paris 130,000 votos; Lamartine, representante de los primeros, 260,000; un esceso de mitad por mitad. Pero en Ruan, Elbeuf, Limoges y otros puntos de Francia, hubo de resultas de las elecciones motines, asonadas y pronunciamientos sérios, á pesar de la fiesta de la *Fraternidad*.

Entré tanto á nosotros los españoles nos tenían ocupados dos graves asuntos, uno internacional y otro puramente doméstico: las notas recíprocas de Mister Bulwer y el duque de Sotomayor, y el cambio de los billetes del Banco: en estos se sigue perdiendo mucho, y en las otras estamos muy espuestos á no ganar nada.

ESTADO DE EUROPA EN LOS PRIMEROS DIAS DE MAYO.

En *Paris* se verificó el 4 con toda solemnidad y sin el menor incidente desagradable la apertura de la Asamblea nacional de la república francesa; con asistencia de mas de 700 diputados de los 900 que constitu-

ven este cuerpo. El gobierno provisional, cuyos individuos han dado una prueba incontestable de sus talentos y de su energía en el hecho de haber llegado á reunir pacíficamente la asamblea, habian publicado una proclama notable para la moderacion de su lenguaje. «Nuestra república, decian, vivirá por la concordia y por la fraternidad. Basta de reacciones, basta de violencias..... Vuestra imponente actitud rechazará todas las provocaciones, de cualquier parte que procedan.» El anciano Dupont de l'Euré, presidente del gobierno, pronunció en la primera sesion un sentido discurso para anunciar que el gobierno provisional de la república se presentaba á depositar en manos de la asamblea los ilimitados poderes de que le habia revestido la revolucion. Repetidas y entusiastas aclamaciones de «¡Viva la república!» interrumpieron muchas veces al venerable orador. Pidieron luego varios diputados que en aquella misma sesion fuese solemnemente proclamada la república como gobierno de la Francia, por la Asamblea nacional: y despues de alguna discusion se acordó asi. En su virtud se suspendió el exámen de las actas, y toda la asamblea, precedida del gobierno provisional, salió del salon y se dirigió al peristilo del palacio, donde se hizo la proclamacion solemne de la república en medio de los vivas de una multitud inmensa, delante de las banderas del ejército y de la guardia nacional, y entre el estruendo de los himnos patrióticos ejecutados por las bandas y músicas militares. Concluida la ceremonia, la asamblea volvió á entrar en el salon de las sesiones para dar principio á la revision de los poderes.

La asamblea se compone en su mayor parte de republicanos puros y de órden, y de diputados de la antigua oposicion dinástica, adheridos todos, al parecer sinceramente, á la república, como el único gobierno posible hoy en Francia. Los comunistas y ultra-republicanos se han quedado en una minoría impotente, por lo que hasta ahora puede juzgarse, aunque su oposicion deberá ser fuerte y violenta. Con este motivo los partidarios del comunismo y los clubs se manifiestan profundamente exasperados; muchos de ellos desahogan con amenazas terribles la irritacion y el despecho que les ha producido la derrota, si bien algunos de los diarios que les sirven de órganos condenan esplicitamente el empleo de medios violentos, y les aconsejan limitarse á hacer una oposicion enérgica y vigorosa, pero legal, á la nueva asamblea, que califican ya de reaccionaria, y procuran el triunfo de sus ideas por medio de la prensa y de la tribuna. Luis Blanc manifestó descubiertamente el sentimiento de su derrota en la asamblea de obreros: Cabet, Blanqui, Raspail y otros gefes de la nueva escuela socialista han dirigido al gobierno una representacion sangrienta, que recuerda los escritos incendiarios del año 93, pidiendo JUSTICIA contra los que llaman *asesinos* de los *honrados obreros* de Ruan. Pero segun nuestra correspondencia particular de París, tanto la asamblea, co-

mo la guardia nacional y la inmensa mayoría de la capital y de toda la Francia, están resueltos á hacer inútiles y aun á escarmentar cualesquiera esfuerzos y tentativas de los exagerados y de los nuevos terroristas, añadiendo que esperan se establecerá y consolidará una república de orden, y que se nota ya el renacimiento de la calma y de la confianza pública.

El resultado de las elecciones para presidente, seis vice-presidentes y seis secretarios de la asamblea, hechas en la sesion del 5, ha sido tambien marcadamente favorable á la causa del orden y de la paz. Es sin embargo curioso de notar que uno de los secretarios es oficial de relojero, y uno de los vice-presidentes oficial de escultor y redactor principal del periódico de los obreros, titulado el *Atelier*.

En la del 6 leyó Lamartine una elocuente Memoria dando cuenta á la Asamblea de todos los actos del gobierno provisional, y en la que al resignar su poder en manos de los representantes de la nacion, los excita á que se ocupen sin levantar mano en discutir y acordar la Constitucion que ha de regir la Francia. Los partes telegráficos anuncian haber nombrado la Asamblea el gobierno provisional, compuesto de los señores Arago, Garnier-Pagés, Marie, Lamartine y Ledru-Rollin. Pronto se sabrá si son exactos estos nombramientos, y el pensamiento que les ha presidido, pues el de Ledru-Rollin no deja de ser extraño, atendido el espíritu que domina en la Asamblea.

En Lóndres continuaba el gobierno alarmado con los disturbios de Irlanda y con las reuniones de los cartistas, que en Lóndres mismo celebran sus sesiones en su especie de Asamblea ó Convencion nacional. El gobierno ha prohibido la formacion del Consejo de los 300 que trataba de establecerse en Dublin, ha puesto en práctica las leyes de represion, y ha declarado en estado de sitio la ciudad de Limerik, donde han ocurrido sérios desórdenes y tenido lugar un choque sangriento entre la *vieja* Irlanda y la *jóven* Irlanda, de que resultaron gravemente heridos los gefes de esta última Meagher y O'Brien; el primero declaró á sus amigos, *que el pueblo irlandés no le parecia digno de la libertad*, y que en su consecuencia habia resuelto retirarse á la vida privada: Mister O'Brien ha hecho una declaracion análoga, y es probable que Mitchell, otro de los gefes, siga el mismo ejemplo.

La Cámara de los comunes aprobó la segunda lectura del bill autorizando al gobierno para la espulsion de Inglaterra de los extranjeros sospechosos.

Ocupábase últimamente el Parlamento del negocio de las notas y cartas de lord Palmerston y de mister Bulwer, su embajador en Madrid, al duque de Sotomayor, y de las contestaciones de este. Lord Palmerston declaró en la sesion del 4 que las cartas y despachos publicados en los

periódicos eran ciertos, pero que no sabia cómo habían podido ser publicados dichos documentos, y lord Russell añadió que todo lo que en ellos se había propuesto su noble amigo, no era dictar al gobierno español órdenes sobre los asuntos interiores, sino declararle que siendo su aliado y habiendo contribuido al sostenimiento de la reina en el trono, la Inglaterra no cometía un ultraje en el hecho de dar consejos amistosos para la tranquilidad y bienestar del reino. En la sesión del 5 pidió el lord Stanley que el ministro presentara en la cámara las copias de la correspondencia seguida con el gobierno español.

En seguida pronunció un largo discurso atacando vigorosa y enérgicamente la conducta de lord Palmerston y de Mr. Bulwer en el negocio de las notas. Los ministros en sus contestaciones han procurado poner á salvo la responsabilidad de su cólega, disculpando sus intenciones, pero no han podido justificar el mal manejo del señor Bulwer, el cual ha quedado muy mal parado en dicha sesión. Veremos en qué para este ruidoso asunto, tan importante para la España.

En la *Lombardia* y *Venecia* continuaba la guerra emprendida entre los austriacos y los italianos confederados, reforzados ya con una legión de suizos auxiliares. Los campos de Verona y de Mantua y las orillas del Adige parecen los destinados á ser el teatro en que la suerte de las armas habrá de resolver la gran cuestión de la independencia italiana.

Ultimamente han conseguido los italianos un glorioso triunfo sobre los austriacos, tomándoles la fuerte posición de Pastrengo.

Milan no había establecido aun su forma de gobierno, y Carlos Alberto no parece dispuesto á consentir que se constituya en república, porque su reino se vería en ese caso espuesto á las influencias de cuatro repúblicas vecinas, la de Francia, la de Suiza, la de Lombardia y la de Venecia.

En *Roma* reina en la actualidad una agitación profunda motivada por una nueva é inesperada alocución del Papa Pio IX (que sentimos no poder dar íntegra), en que intimidado al parecer por los rúmorez que dice se han hecho circular en Austria y en Alemania, atribuyendo á su escitación ó influjo los cambios que se han efectuado en algunos pueblos de Italia y las guerras en que los italianos han envuelto á aquellos países, manifiesta no haber tenido mas parte en ello que el no haber podido contener el ardor de sus súbditos, rechaza la especie de que el romano Pontífice deba presidir cierta nueva república que quieren ver constituida en todos los pueblos de Italia, y que como Vicario de Cristo en la tierra, no puede ni hacer ni aconsejar la guerra contra los alemanes. Esta alocución ha producido una conmoción muy viva en Roma, y deberá traer nuevas complicaciones. Por de pronto parece que había ya cambio de ministerio, que el consejo municipal se había retirado, y que la guardia cívica

habia tomado las armas, apoderándose de las puertas de la ciudad, y no dejando salir á nadie.

En *Alemania* se ha presentado ya á la Dieta de Franefort el proyecto de Constitucion para el imperio germánico federal. Las principales bases de esta Constitucion se reducen, á formar un imperio federativo compuesto de todos los pueblos que han pertenecido hasta aqui á la Confederacion germánica, incluidas las provincias prusianas que acaban de ser incorporadas con el ducado de Schleswig. Habrá un gefe supremo del estado, ó emperador, que tendrá el poder ejecutivo, cuya dignidad será hereditaria. La Dieta general del imperio se compondrá de dos cámaras, alta y baja: constituirán la cámara alta los príncipes reinantes, un delegado de cada una de las cuatro ciudades libres, y los consejeros del imperio, escogidos por los diferentes estados entre los hombres que hayan merecido mejor de la patria, por el tiempo de 12 años, renovándose una tercera parte en cada cuatro: la baja se compondrá de diputados del pueblo, elegidos por seis años, y renovándose la tercera parte cada dos. Los derechos fundamentales del pueblo aleman serán, independencia de los tribunales, inmovilidad de los jueces, publicidad en los debates, garantías de seguridad individual, derecho de peticion ilimitado, libertad ámplia de imprenta, libertad de ciencia, libertad religiosa, y en una palabra, todo género de libertades. Estos derechos deberán servir de base para la Constitucion de cada estado aleman. Pero aqui entra el punto de la dificultad, pues los estados andan tan discordes que no dan muestras de llegarse fácilmente á entender.

En *Austria* el emperador ha hecho bombardear horriblemente la antigua ciudad libre de Cracovia (Polonia) por espacio de dos horas y media; ha desarmado la guardia nacional, y espulsado todos los emigrados polacos.

En *Prusia* los alemanes y los polacos del Gran Ducado de Posen se están haciendo entre sí una guerra viva y encarnizada.

En *Dinamarca* los prusianos y alemanes se han apoderado de Schleswig; pero parece que la Inglaterra ha protestado enérgicamente contra la entrada de los alemanes en esta plaza, para poder apoyar su ofrecida mediacion.

En *Varsovia* se esperaba de un momento á otro al emperador de Rusia, y parece que las circunstancias van favoreciendo por alli á la nacionalidad polaca.

Pero en *Rusia* se empieza á notar el movimiento de la agitacion, y parece habia comenzado la desercion en las tropas rusas de la Polonia. Y hasta el imperio turco comienza á tomar parte y á ejercer influencia en el movimiento general de Europa, la cual se halla poco mas ó menos agitada que hace dos meses.

En *Madrid* tuvo lugar en la madrugada del 7 otra nueva rebelion, que al principio se presentó con caracteres aun mas graves que la del 26 de marzo, puesto que esta vez los revolucionarios habian logrado seducir, dicen que con el oro estrangero, á varios sargentos y cabos del regimiento de España, con los cuales y con la tropa de dicho regimiento, dejando como presos al coronel y oficiales, salieron del cuartel y se dirigieron á la Plaza Mayor, donde se hicieron fuertes, tomando tambien algunos otros puntos de las cercanías. Inmediatamente acudieron las demas tropas de la guarnicion de todas armas: los sublevados fueron vivamente atacados en sus posiciones, y despues de algun tiempo de fuego, la rebelion se encontró tambien esta vez vencida á las primeras horas de aquella misma mañana, no sin que por una y otra parte resultáran bastantes víctimas que lamentar. El capitan general señor Fulgosi ofué gravemente herido de un trabucazo disparado por un hombre en traje de paisano, de cuyas resultas falleció á las 24 horas. Nombróse capitan general de Madrid al señor Pezuela. Se declaró la capital en estado de sitio, y un consejo de guerra juzgó á los militares y paisanos prisioneros. En su virtud fueron pasados por las armas en aquella misma tarde hasta trece, ocho de los primeros y cinco de los segundos.

A consecuencia de estos sucesos se ha apoderado tal recelo y zozobra de los habitantes de la capital que el menor incidente los asusta y sobresalta y pone en inquietud al vecindario pacífico, temeroso siempre de verse de nuevo inquietado con escenas tan desagradables. Cada puerta que se cierra se cree ser un cañonazo, y cada coche que se oye rodar á lo lejos, se toma por una descarga cerrada de fusilería.

DON ENRIQUE MARIA DE BORBON.

La Gaceta del 14 del corriente ha publicado el decreto que mas abajo insertamos, precedido de una esposicion del Consejo de ministros en la que se leen entre otros los siguientes párrafos.

«En una proclama suscrita por él (Don Enrique) en Perpiñan, se injuriabá á sus propios hermanos, se concitaba á la rebelion, se atacaba el trono y las instituciones y se fulminaban, en fin, acusaciones tales, cuales no han salido de la boca misma de los mas despreciables fautores de motines.

«Todavía, Señora, el gobierno se detuvo ante la inverosimilitud de aquel atentado: todavia creyó necesario cerciorarse de la autenticidad de semejante documento, y delegó para ello al vice-consul de V. M. en Bur-

deos. Este funcionario, que al efecto se ha trasladado á Tolosa, y que se ha dirigido á don Enrique Maria de Borbon con un comedimiento y respeto tal, que acredita por sí solo hasta qué extremo llevan los españoles la veneracion á la augusta familia de V. M., hasta qué punto se hacia increíble al gobierno la criminal conducta de don Enrique, ha obtenido del mismo respuestas escritas y autógrafas de tal naturaleza, que hacen inútil toda averiguación de hechos anteriores, conteniendo ellas solas delitos que ni el corazon ni la mente de ningun español se atreveria á perpetrar, y que el gobierno de V. M., respetándose á sí propio, se avergonzaria de dejar impunes.

«Así, Señora, don Enrique Maria de Borbon ha seguido los grados todos del delito; faltando primero en perjuicio propio, delinquiendo luego en daño de la patria, llevando por último sus atentados al trono mismo de V. M., á ese trono con cuyo esplendor brillan los príncipes, cuya defensa ennoblece á los militares, cuyo respeto obliga á los españoles.

«Tiempo es, Señora, de que se ataje tanto mal, y de que sirva de escarmiento en su ruina al mismo que debió servir de egemplo en su elevacion; tiempo es de que la ley se aplique á todos, segun se hizo siempre en estos reinos, segun el egemplo que nos dejaron los monarcas de España, y segun tambien hoy reclama la vindicta pública y manda el código fundamental del Estado.»

REAL DECRETO.—Atendidas las razones que me ha espuesto mi Consejo de ministros, y conformándome con su parecer, vengo en decretar lo siguiente:

Art. 1.º Don Enrique Maria de Borbon queda destituido de los honores y consideraciones de Infante de España que le concedió mi augusto padre, y de todos los demas grados, empleos, honores ó condecoraciones que disfrute.

Art. 2.º Los documentos que dan motivo á esta resolucion, pasarán al tribunal supremo de Justicia para los efectos que correspondan con arreglo á las leyes.

Art. 3.º De este decreto y de las causas que lo producen, se dará cuenta á las Córtes en su primera legislatura, para que acuerden lo que estimen conveniente en cuanto dice relacion con la sucesion á la corona.—Dado en Palacio á 13 de mayo de 1848.—Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El presidente del Consejo de ministros, duque de Valencia.